

Arribada forzosa

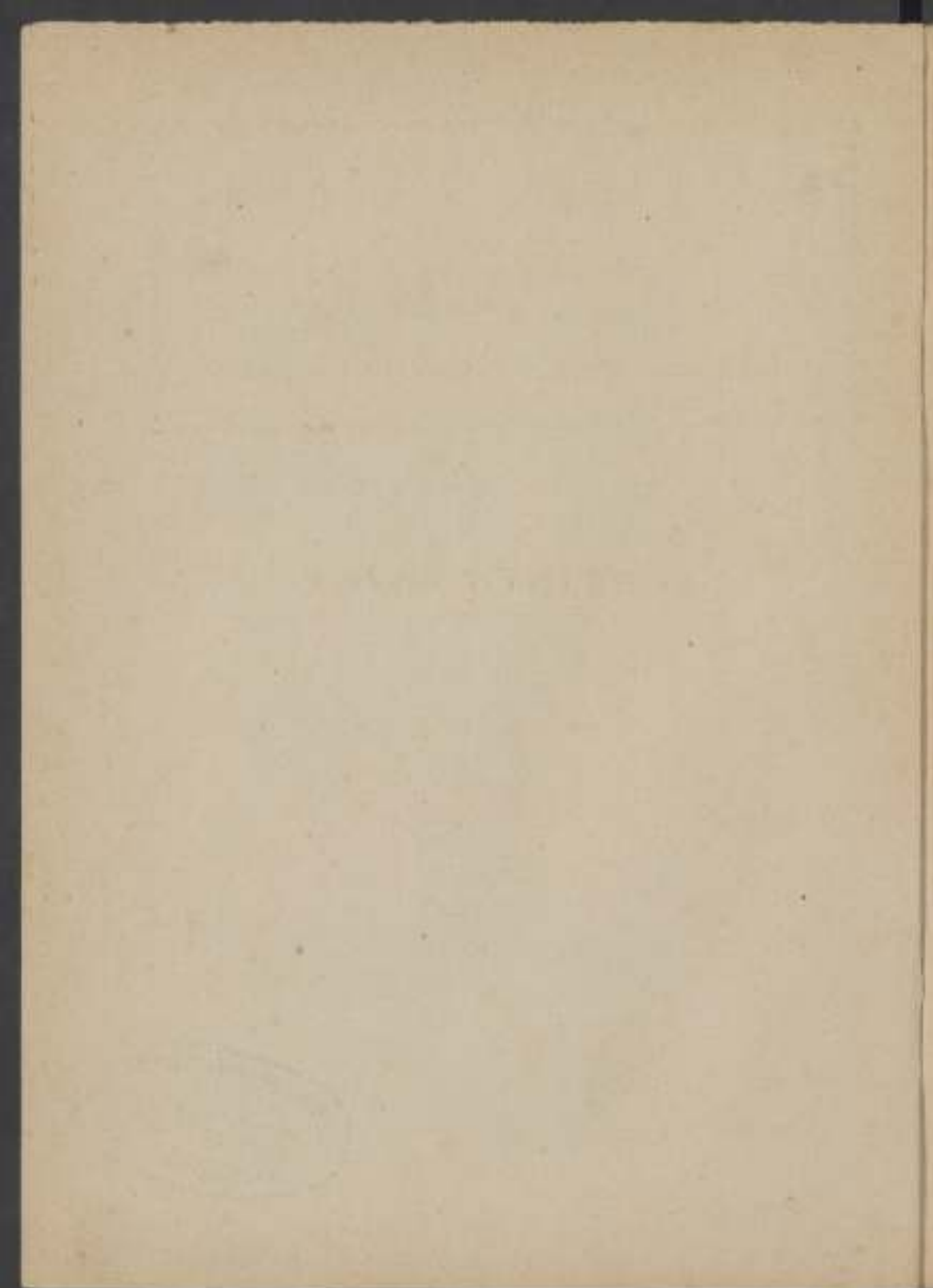
Alfredo
Maya

Sylvia
Morgan





ARRIBADA FORZOSA



R79 (ARRIBADA) Are

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

AQUEST LLIBRE
ESTÀ EXEMPT DE
PRÈSTEC

Arribada forzosa

Dramático asunto, argumento original de

CARLOS ARÉVALO

y

JOSÉ FERNÁNDEZ GÓMEZ

Dirección

CARLOS ARÉVALO

Operador:

HANS SCHEIB

Producción nacional

Distribuida por



FLORALVA



R.6.193

PERSONAJES

ESTEBAN MONTANO.	ALFREDO MAYO
MARTA.	SYLVIA MORGAN
EMILIO.	Alfonso de Córdoba
ROSITA	Araceli Castro
MARIANO	José M. ^a Lado
CAPITÁN HERRERO . .	Joaquín Regález
HOMBRE 1. ^o	Rafael Luis Calvo
RUIZ	Miguel Alonso
HOMBRE 2. ^o	Federico de la Cruz
CAPITÁN ALONSO . .	Lorenzo Blasco
HOMBRE 3. ^o	Federico Campello
ISABEL	Elvira Quintillá

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Arribada forzosa

Argumento de la película

LA TEMPESTAD

Noche. Viento huracanado. Espesas tinieblas sobre el mar que se agita enloquecido por los azotes del ciclón. Llueve copiosamente, como si el cielo se precipitara sobre el mar transformado en inmensa catarata de agua. Relampaguea de cuando en cuando y el horrísono retumbar de los truenos, confundido con los silbidos del viento y con el pastoso estruendo de las agitadas aguas, forma un concierto ciclópeo ensordecedor. Y sobre las aguas tumultuosas, cabeceando peligrosamente, frágil juguete de los embravecidos elementos, un barco de carga resiste penosamente las acometidas de la tempestad.

Hay un cuadro verdaderamente viril de nuestro genial Goya que

simboliza la tormenta con un gigante feroz de trágico aspecto que avanza sobre los desolados campos arrasándolo y destruyéndolo todo. La tormenta, la tempestad, el huracán, con tantas denominaciones como el espanto humano ha sabido adjudicarle, es verdaderamente horrible sobre la tierra firme, y el pincel de nuestro gran pintor supo plasmar su espanto en su famoso lienzo. Pero sobre el mar, la tempestad es aún más impresionante y trágica, sobre todo cuando enfoca sus iras sobre una embarcación que con buen tiempo parece inmovible y, juguete de la tempestad, se nos presenta como frágil hoja de un árbol arrebatada por el viento que juega con ella inconsciente y veleido-

samente incitando a las aguas a engullirla.

El "Levante", el barco que sufre las acometidas del huracán y de las enormes olas que éste precipita sobre él, avanza lentamente cabeceando de una manera desquiciada, como si estuviese ebrio. Las olas se estrellan sobre sus flancos o son cortadas por la proa, pero saltan sobre él, inundando con sus salobres aguas su cubierta, el puesto del timonel que, con mano firme, atento a las órdenes del capitán, cuida del rumbo; el puente de mando en el que, entre las espesas tinieblas, se adivinan tres bultos que la luz de los relámpagos deja ver más claramente.

Sobre el puente de mando, agarrándose con fuerza para no ser arrastrados por las olas, chorreando agua sus capotes marineros, se encuentran tres personas, de las que depende la salvación o la pérdida de la embarcación: el capitán Alonso y sus dos oficiales, Esteban Montano y Julio Ruiz.

Ordinariamente, con buen tiempo, como en todos los barcos, turnan en el servicio; pero ante la horrible amenaza de la tempestad, los tres se encuentran en el puente para atender a las maniobras.

Los tres están muy serios mirando hacia proa.

—¡Nada a estribor! — grita el capitán para que le oiga el timonel. Y éste repite sus palabras para que sepa que las ha oído y va a cumplir lo ordenado.

—Mucha mar, capitán — dice Esteban Montano.

—Demasiada — contesta lacómicamente el capitán.

—¿Podremos aguantar?

—Creo que será mejor que tratemos de arribar. Punta Brava debe de estar cerca... ¿No les parece?

—La mar está aumentando — comenta Ruiz.

—Opino como usted, capitán — dice Esteban.

—Bien. Será preciso dar algunas revoluciones menos. Dígaselo usted al maquinista.

—Ahora mismo.

Y Esteban, chorreando agua y agarrándose fuertemente a las barandillas, baja desde el puente de mando a la sala de máquinas.

Allí está el maquinista, atento a la máquina, al elemento vital de la embarcación, pendiente de las calderas, del manómetro, de la válvula que regula la admisión del vapor por los cilindros.

—¡Hola, "chief"! — le saluda Esteban—. Esto se pone feo y el viejo quiere que doblemos Punta Brava para arribar. Modere la mar.

cha hasta que le avisemos, procurando conservar la presión.

—Está bien—repuso el maquinista.

Y, dirigiéndose a la válvula, la cerró un poco, con lo que la máquina comenzó a marchar con mayor lentitud.

Montano volvió al puente donde el capitán y Ruiz miraban atentamente con los prismáticos un punto del horizonte por la banda de babor.

—Ya se lo he dicho al maquinista y todo está listo—le dijo al capitán mientras miraba también con sus prismáticos en la misma dirección.

—Está bien.

A esto, Ruiz, señalando hacia el horizonte, exclamó:

—¡Ahí está!

Miraron los otros dos, descubriendo la luz intermitente del faro, la señal que desde tierra les enviaban para que pudieran seguir la apetecida ruta que les había de conducir al puerto de refugio, donde desaparecería todo peligro.

Entonces el capitán se dirigió al puesto del timonel y, colocándose a la derecha del compás, señaló en dirección del faro y ordenó:

—Cinco grados más a babor.

Cumplió el timonel la orden y el capitán volvió al puente, reunién-

dose de nuevo con los dos oficiales.

—Ruiz, dígame al radiotelegrafista que comunique con los prácticos preguntándoles si podrán darnos entrada en el puerto.

Ruiz marchó a la cabina de la telegrafía sin hilos. Allí, frente a los aparatos maravillosos que realizan el milagro de utilizar el éter para que los hombres puedan entenderse a grandes distancias, estaba el telegrafista siempre atento, pendiente de cualquier posible llamada.

—Que ponga un radio al puerto próximo preguntando a los prácticos si pueden salir a recibirnos—le indicó Ruiz.

Y funcionó el aparato misterioso y las ondas llevaron la pregunta ansiosa, de la que dependía la salvación, a la estación del puerto próximo; y los prácticos, a pesar de los peligros que para ellos representaba la tormenta, comprendiendo que se trataba de un servicio humanitario de salvación, contestaron afirmativamente.

Entretanto, comentaba el capitán hablando con Montano:

—Ahora empieza lo difícil.

Y ordenaba al timonel, que repetía la orden para indicar que la había recibido e iba a cumplimentarla:

—Todo a babor... Proa al faro.

Y añadía:

—Bien... A la vía.

—A la vía — contestaba el del timón.

Las olas, que eran cada vez más grandes y amenazadoras, comenzaban a atacar al barco por su flanco haciéndole oscilar de un modo horrible.

Llegó Ruiz.

—Cumplida su orden, capitán. El práctico nos espera en la boca del puerto.

—Está bien... ¡A toda máquina!

Montano hizo funcionar el telégrafo transmitiendo al maquinista la orden.

En la sala de máquinas funcionó el telégrafo y el maquinista recibió la orden. Estaba serio, aunque sin preocupación, porque, hombre de mar, conocía el peligro y se daba cuenta de la gravedad de las circunstancias. En la sala de máquinas el peligro es mayor. En caso de naufragio es más difícil escapar con vida. Y la función del maquinista es trascendental e importantísima, dependiendo de él la vida de todos.

Cumplimentó la orden abriendo la válvula de admisión, y la máquina, el monstruo de acero y de bronce, comenzó a moverse vertiginosa-

mente, con el ronquido de los chorros de vapor que se escapaban imponentes, con la marcha acelerada de las bielas, como si se diese cuenta del peligro y de su comprometido deber.

Pero aquella marcha palpitante representaba un enorme consumo de vapor y había que procurar que las calderas lo produjeran sin cesar en grandes cantidades, para lo que era preciso un gran consumo de carbón.

—¡Animo, muchachos!—les dijo el maquinista a los fogoneros—. Ha llegado el momento, si queremos salvar el pellejo en el puerto, de echar el resto... Venga carbón a los hogares.

Y los fogoneros, negros y sucios, sudando copiosamente con el inmenso calor que despedían los hornos, sobre un suelo movedizo por los enormes bandazos, comenzaron a arrojar en los hogares grandes paladas de carbón.

Pero uno de ellos, al inclinarse al suelo bruscamente en un bandazo, dió un traspié y cayó casi junto a una portezuela al rojo vivo. Sus compañeros acudieron rápidamente en su auxilio y lo salvaron casi milagrosamente, entre horribles exclamaciones. El cuadro era dantesco, impresionantemente trágico.

Los manómetros oscilaban seña-

lando grandes presiones en las calderas, los vástagos subían y bajaban poderosos, soltando chorros silbantes de vapor, y giraba el eje de cola transmitiendo su potencia a la hélice. Todo era movimiento y nerviosa actividad.

Y una ola imponente, como una redondeada montaña, con turgencias de vientre del mar, venía sobre el barco y se precipitaba sobre él, amenazando tragárselo.

Y aquel gran barco, portento del ingenio de los hombres, ante la inmensa fuerza cósmica de la tempestad, era un ridículo juguete de los elementos poderosos, desencadenados en el paroxismo de un ciclón.

El barco corría el máximo peligro. Sus tripulantes lo sabían. Pero el mando, acostumbrado a situaciones críticas, conservaba su serenidad y luchaba impasible con la tempestad con su aparatosa decoración de relámpagos, truenos, olas gigantes y lluvia torrencial.

¿Se salvaría el "Levante" llegando al puerto de refugio o se hundiría para siempre en los abismos del mar?

¿Cuántos barcos se encontraban a aquellas horas en el mar, debatiéndose penosamente contra la tempestad?... ¿Cuántos corazones de marinos palpitaban ansiosamente mientras toda la atención era pues-

ta esmeradamente en la maniobra?

¿Y cuántas tristes mujeres, en tierra, escuchaban los bramidos del viento pensando angustiadas en su padre, en su esposo o en su hijo que en aquellos momentos luchaban con el temporal expuestos en cada instante a perecer en los abismos del mar?

¡Triste carrera la del marino que puede verse en tan apurados trances y, sobre todo, triste situación la de sus esposas, sus hijos y sus madres, sagrados del más puro amor del mundo!

¡Triste carrera, peligroso oficio, expuesto trabajo, angustioso debatirse, cuando la ocasión llega, contra las poderosas fuerzas cósmicas! Pero gloriosa profesión, porque ella ha hecho posible la vida civilizada moderna, el portento de los adelantos actuales, conseguidos gracias al intercambio, a la exploración, al comercio, a las corrientes civilizadas que, en sus comienzos, tuvieron los mares por cauces y los barcos por corceles.

Naves egipcias que esparramaron la civilización más antigua por todas las costas del Mediterráneo. Naves fenicias que traspasaron las columnas de Hércules y exploraron las costas de África. Trirremes griegas que colonizaron gran parte del

mundo entonces conocido. Carabelas españolas que, impulsadas por los vientos alisios y dirigidas por el genio de Colón, llegaron a América. Naos portuguesas, ibéricas, que doblaron el Cabo de Buena Esperanza y llegaron hasta las Indias magníficas, enlazando dos civilizaciones. Galeras hispánicas que dieron por primera vez la vuelta al mundo demostrando *de facto* su redondez... Siempre corriendo peligros inauditos, el hombre, cabalgando en el mar sobre frágiles leños,

ha difundido la civilización por todos los ámbitos del Globo, llevándola hasta los últimos y más escondidos rincones.

Y muchas vidas se perdieron, tras de supremas angustias. Y muchas madres lloraron y muchas esposas perdieron al padre de sus hijos. Pero el fruto de tales sacrificios no ha podido ser más fecundo.

Y es que en el hombre, el sacrificio generoso en aras del cumplimiento de una misión, es lo más grande, noble y eficaz que existe.

EN EL PUERTO

Pudieron más la pericia y la serenidad del hombre que las locas arremetidas de la furiosa tempestad, y el barco logró entrar en el puerto de refugio. Y allí, por placido contraste, todo era relativa calma contra la violencia y agitación caótica del mar libre. El hombre había sabido poner un valladar a sus furores y crear remansos de paz con aguas tranquilas sobre las que la tempestad no ejercía su desolador dominio.

Y plácidamente se reflejaban en las aguas las luces de los barcos fondeados, sobre los que pasaba el giratorio haz luminoso del faro, mientras se escuchaba la música tan marinera de un acordeón.

Entre aquellos barcos allí fondeados se encontraba el "Levante", sus tripulantes descansaban y experimentaban la placidez de haber escapado del peligro sintiéndose rodeados de tan tranquila calma. Esteban Montano se encontraba apoyado en la borda mirando hacia tierra y, entre las tinieblas de la no-

che, distinguía la población marinera con sus lucecitas rutilantes... ¡La tierra en su violento contraste con el mar!

Esteban se separó de la borda y dió unos pasos sobre la cubierta ya casi inmóvil después de haber bailado tanto. Y sus pasos le llevaron junto a una claraboya iluminada. Dirigió a través de ella una mirada de arriba abajo contemplando el camarote que le pertenecía. Allí abajo se encontraban el capitán y Ruiz. Sobre una mesa había preparada una baraja y también colocaban a su lado una botella y unos vasos. Ya tranquilos, para desprenderse de la pasada tensión nerviosa, se disponían a pasar tranquilamente la velada.

Iban a jugar a las cartas. Esteban estaba también invitado. Pero no le seducía aquella perspectiva. Sería mejor darse un paseo por tierra, y se dirigió a la pasarela que unía el barco con el muelle.

Cuando iba a poner el pie sobre ella, se abrió una puerta, marcán-

dose sobre el suelo la vivida luz del interior de un camarote y apareció Ruiz, llamándole:

—Montano.

—¿Qué quieres?

—¿No ibas a quedarte?... Estamos organizando una partida.

—No, gracias. Voy a dar una vuelta por el pueblo... Hasta luego.

—Bien, hasta luego.

Y Montano salió por la pasarela a tierra, mientras Ruiz volvía a entrar en el camarote, preguntándole el capitán:

—¿Y Montano?

—Siempre con sus rarezas. Ahora no quiere jugar y se ha marchado.

Montano desembocó en las calles de típico ambiente de barrio marino, alumbradas con faroles de gas, con escasos transeúntes, cafetines, musiquillas, hombres de mar de facha inconfundible. Tras de una calle venía otra y todas eran semejantes. Montano sentía esa extraña impresión de encontrarse ante lo desconocido, aunque con un ambiente para él familiar. Marchaba a ciegas sin saber a dónde iba. El caso era pasear, descansando de la pasada tensión nerviosa. Y desembocó en una calle en cuyo fondo se destacaba el anuncio luminoso de un café. El anuncio se apagaba y

se encendía para llamar más la atención, y decía:

“Café del Puerto”

Esteban Montano se fué acercando lentamente al café, escuchando la voz de una mujer que cantaba dentro de él acompañada por la música. Aquella canción tiene extraordinario encanto y es muy distinta de las que suelen resonar en los cafés cantantes marinos. La voz de mujer es deliciosa, evocadora. Esteban se siente atraído y subyugado y acorta inconscientemente el paso. Poco después se detiene ante un ventanal del café y alza su mirada hacia la muestra del mismo. Después se asoma al ventanal y mira instintivamente por él al interior. Aquello es interesante. Sin saber lo que hace, se dirige hacia la puerta del café. Pero antes de entrar duda un momento con irresolución.

Ha terminado la canción y sueñan aplausos que pronto se convierten en estruendosa ovación. Esteban, delante de la puerta, dirige una ojeada al interior y, al escuchar los aplausos y comprender que la canción ha terminado, tiene un gesto de desencanto. Después de la canción sigue un baile que entona briosamente la orquesta. En el escenario, una bailarina, muy adecua-

da al ambiente y al local, luce sus dudosos encantos.

Por fin, Esteban se decide y entra en el café atravesando la sala entre las mesas buscando una vacía. Se sienta en ella y se le acerca un camarero mientras por una puerta del fondo penetra en la sala una muchacha verdaderamente interesante, sumamente bonita, con encanto y aire ingenuo impropios del ambiente canalla de aquel café cantante frecuentado por toda la chusma marinera que puebla los mares y cae sobre las costas como plaga de langosta que llega con dinero, con instintos canallas, con sed y con reconcentrada lujuria soez y grosera...

Y al pasar aquella muchacha por entre las mesas, un hombre la coge por el brazo; ella se resiste y un hombretón que está en el mostrador se acerca para defenderla. Aquel hombretón —al que designaremos con el epíteto de "matón"— tiene todo el aire de un matón profesional, de un "chulo", de un "valiente", de los que cobran el barato imponiendo su majeza.

—¡Suelta a la chica! — increpa brutalmente, con tono amenazador, al individuo que la había cogido por el brazo.

—¿Es que hay peligro de muerte?—le contesta el otro.

—¡Puede!

Y otra persona de aspecto más distinguido, aunque algo repulsivo —Mariano, el dueño del café— la llama:

—¡Marta!

Y el individuo que retenía a la muchacha por el brazo, volviéndose hacia donde había resonado la voz de Mariano, exclama comprensivo:

—¡Ah!... ¡Vamos!—y la suelta, porque no quiere indisponerse con el dueño.

Marta se separa de él mientras se le acerca Mariano, que la mira un momento en silencio con ojos codiciosos.

—¿Qué me quieres? — le pregunta ella.

—¿Tienes prisa?—interroga él.

—Los parroquianos...

—¡Déjalos!

Y, acercándose más a ella, le dice con reconcentrado acento:

—Estás más guapa que nunca... Cada día más... ¿No ves cómo te miran todos?... ¿Por qué eres tan arisca?... Y conmigo más... Sin embargo, tú sabes que yo... ¿Has pensado en lo que te dije? No quiero que seas para todos.

Diciendo esto la agarra con codicia por un brazo y Marta se suelta con un movimiento brusco y le replica:

—¡Nadie me ha tocado nunca! Y usted...

Y da media vuelta para alejarse, pero Mariano la detiene.

—¡Marta! ¿A dónde vas?

Y Marta mira a uno y otro lado como buscando una salida y repara en una mesa junto a la que hay sentado un hombre solo y sobre ella dos copas. Y, entonces, increpa al dueño del café:

—Para mí hay uno solo... y voy con él.

Y se dirige a aquella mesa y va a sentarse junto a aquel parroquiano solitario. El caso es librarse de la persecución de Mariano.

Pero cuando va a sentarse, llega una mujer del café, separa a Marta, señalándole las dos copas, y se sienta, diciéndole:

—¿Qué vienes a hacer aquí?... ¿No tienes ojos?

—Perdona, mujer.

Y vuelve temerosamente la cabeza hacia donde se encuentra Mariano y mira después a su alrededor buscando un refugio, notando entonces que Esteban Montano se encuentra sentado solo en una mesa, y se acerca a él preguntándole con mal disimulada ansiedad:

—¿Me permite usted que me siente?

Para Esteban no ha pasado inadvertida toda la escena anterior,

pero se ve sorprendido por la petición y exclama:

—¡Ah!... ¡Ah!... ¡Bueno! ¡Siéntate... ¿Quieres tomar algo?

—Como usted quiera.

—¡Yo!... ¡Camarero!—y mientras acude éste, pregunta—: ¿Ocurre algo?

—No... Nada.

—No parece muy divertida.

Y la conversación es interrumpida por el jaleo de los parroquianos que aplauden a la bailarina, haciendo que los dos vuelvan la cabeza hacia el escenario y los parroquianos que cerca de él gritan a sus anchas. Y se fijan en una mesa cercana al escenario ocupada por marineros ebrios que alborotan. El ambiente del café es a medias favorable y a medias contrario a los alborotadores. Unos ríen sus gracias socces y otros las reprueban hostiles a sus groseras y ruidosas manifestaciones de alegría. Mariano, el dueño del café, habla con el terrible "matón" asalariado en su establecimiento para ejercer su majeza, señalando la mesa junto a la que están sentados Marta y Esteban, luego se marcha al interior del café y el "matón" se acerca a dicha mesa.

—El amo te llama—le dice a Marta.

Ella duda un momento y le contesta:

—Estoy con este oficial.

—Me ha encargado que te diga que te está esperando dentro.

—Pero...—y mira implorante a Esteban. Este comprende. Y pone una mano sobre la que Marta tiene encima de la mesa. Y el matón se retira diciendo:

—Bueno. Ya lo sabes...

Marta vuelve la cabeza y dirige a Esteban una mirada llena de gratitud. Este la contempla con leve extrañeza y con ternura al mismo tiempo y, antes de retirar su mano, da una leve palmada sobre la de ella. El ruido de unas voces airadas que van subiendo de tono les hace volver la cabeza. Es la mesa de marineros borrachos, en la que continúa el escándalo anterior. Junto a ella está el "matón" tratando de imponer orden y hacer callar a los borrachos, encarado con uno a quien increpa:

—Aquí menos escándalo... Y si no se está conforme, a la calle.

—¿Y qué derecho tienes tú?... A ver... ¿Eres el guapo aquí?—le replica el marinero, mientras sus compañeros ríen estrepitosamente.

Y el chulo, a quien ya se le ha agotado la paciencia, coge al marinero para sacarlo violentamente a la calle, forcejeando ambos.

—Guapo o feo, te vas ahora mismo a la calle.

—¿Yo?... ¡Quía!... ¡Me falta mucho que beber!

—Pues vas a ir a beber a otro sitio. ¡Hala!...

Y mientras forcejean ambos, otro marinero se levanta, coge una botella y le da al matón un terrible golpe en la cabeza que le hace desplomarse. Coro de carcajadas y gritos de aprobación. El marinero salta al escenario llevando un vaso en la mano y se escuchan voces y gritos que parten de todo el café.

Pero junto al mostrador se encontraban bebiendo dos matones más que se acercan a la mesa de los marineros con aire amenazador. El dueño del café, conociendo a su parroquia, tenía buen surtido de valientes.

Y el harman, impasible, sin sobresalto alguno, acostumbrado ya a aquellas escenas, cierra las anaqueladas que hay tras el mostrador y retira algunas botellas con aire imperturbable.

—Me parece que esto va a acabar mal—le dice Esteban a María.

El marinero que ha subido al escenario, ofrece el vaso a la bailarina, que interrumpe su danza sin saber qué hacer. El público protesta, mientras los marineros jalean a su compañero. Los dos matones tratan

de hacerles callar sin conseguirlo. Uno de los valientes pretende subir al escenario y un marinero se lo impide. Y suenan voces y gritos por todas partes expresando cosas diferentes, pero todas igualmente violentas:

- Baja de ahí.
- Que hallen los dos.
- Que no hemos pagao pa verte a ti, monín.
- ¡Fuera!
- Que se callen.
- Deja a la chica.
- Gracioso.
- ¡Echarlos a la calle!
- ¡A mí tú!... ¡Tú, flamenco!
- ¡No me da la gana!
- ¡Ahora lo veremos!
- ¡Dale!
- ¡A la calle!

Y entre gritos y silbidos, medio café se pone de parte de los marineros y otro medio en contra, y se cruzan los más groseros insultos, y vuelan los vasos por los aires convertidos en proyectiles, acertando en algunas cabezas y produciendo las correspondientes bajas, desarrollándose una batalla campal con estruendo imponente y regocijo de Esteban, que encuentra aquello bastante divertido, y exclama:

—¡No está mal!... ¿Tenéis todas las noches este número?

Pero sigue la bronca y una bo-

tella lanzada con violencia cae cerca de los dos jóvenes y les obliga a levantarse y alejarse todo lo posible, arrimados al muro, hasta que una voz grita:

—¡La policía!

Y hay una desbandada general y un desbarajuste horrible. De repente se apagan las luces, los gritos arrecian y se escucha un disparo. Marta se aproxima instintivamente a Esteban.

—¿Estás asustada?—le pregunta éste—. Ven... Vamos por aquí—y la coge por una mano y se dirige a la puerta más próxima mientras son empujados por la gente que huye desconcertada y una mesa vuela por los aires.

Así salieron a la calle y Esteban le dijo:

—Será mejor alejarnos un poco.

Y comenzaron a andar, preguntando Marta:

—¿A dónde vamos?

—Pues... No sé.

—Yo tengo que volver al café. Aquello acabará pronto.

—Espera—le dice Esteban después de mirarla un momento en silencio—. Ya que hemos salido, vamos a respirar un poco. Te sentará bien... ¿No?

Pasearon juntos y Esteban se sintió interesado por aquella muchacha tan bonita, tan ingenua y en la

que creía ver transparentarse algo verdaderamente emocionante y lleno de interés.

—¿Va a estar mucho tiempo aquí?—le preguntó ella.

—No. El barco marcha mañana. A poco no bajo a tierra.

—¿Quién pudiera irse también!—exclama ella.

—¿Vives mal aquí?

—¿Mal?... No, pero el café... ya ha visto usted...

—Sí. La tierra es sucia... Como el agua en los puertos. Nada de esto se recuerda en el mar. Allí uno solo, entre cielo y agua... A veces he deseado navegar sin rumbo fijo... Navegar siempre... No sabrías comprenderlo.

—Los hombres — dijo ella — piensan que todas las mujeres... Claro que yo sólo trato a esta gente de mar...

Y, reparando en que había dicho una inconveniencia, añadió:

—Perdón... Usted es distinto... Habla de otro modo.

—Sentémonos aquí—insinuó Esteban.

Se sentaron y Esteban miraba a Marta mientras ésta tenía la mirada vagamente perdida en el espacio.

—Hace tiempo, yo soñé también —murmuró la joven—. Después el

café... En la vida no hay sitio para las ilusiones.

—Eres una muchacha curiosa.

—Tal vez le parezco ridícula, ¿no?

—No.

Y se dejó oír la canción que había llamado la atención de Esteban decidiéndole a entrar en el café. Los marineros, ya de retirada, la iban repitiendo. Esteban la escuchaba ensimismado.

—¿Le gusta esa canción?

—Sí. La oí antes. Es distinta de las que se suelen escuchar en tierra. Suena...

Y le interrumpe Marta que empieza a cantarla a media voz, escuchándola él con embeleso. Cuando terminó le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Marta. ¿Por qué?

—¿Marta!...

—Debe ser tarde.

—Tú eres la que cantaba antes en el café... Si no tuvieras que estar allí, ¿qué harías?

—¿Qué ocurrencia! ¿Para qué imaginarlo?

Volvieron a pasear y llegaron hasta el rompeolas y allí, apoyados en el pretil, continuaban hablando, cada vez con mayor cordialidad. Marta le explicaba:

—Cuando me quedé sola, me recogió Mariano, el dueño. Luego...

—¿Qué?

—Yo hacía las faenas de la casa. Un día me oyó cantar y me dijo que saliera al café. ¿Qué iba a hacer yo?

—¿Y él?

—Me trata bastante bien... A su modo.

—¿Y la gente que va al café?

—El me protege y no se atreven, porque le tienen miedo.

—¿Te protege?

—Sí. Pero no piense mal.

—Sin embargo..., ¿tú quisieras marcharte?

—No sé... ¿A dónde?

Y como él la mirara soñador y abstraído, ella preguntó:

—¿Por qué me mira así?

Después de un paseo bastante largo, los dos jóvenes llegaban cerca de la casa donde vivía ella con Rosita.

—¿No sabe si volverá por aquí alguna vez? —preguntó la muchacha.

—No. Hemos llegado a este puerto de arribada forzosa. Está fuera de nuestra ruta. Pero ¡quién sabe!... Me gustaría volver a verte.

—Entonces, hasta ese día—dijo ella, despidiéndose.

—Hasta ese día... ¡Es lástima!

¿Y mañana?

—¿Mañana?

—Sí. Antes de que vayas al ca-

fé. Mi barco no sale hasta la madrugada y podríamos vernos... a las cinco... ¿Te parece? Junto a la salida del muelle.

—Bueno... Esta es mi casa...

Aquel es mi balcón.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Y Esteban se marchó. Ella le vió alejarse un momento y, después, abrió la puerta de la casa donde vivía con Rosita, y entró.

¿Quién era aquel hombre? Un marino, ave de paso, de arribada forzosa, que no tardaría en marchar para no volver más por aquel puerto.

Pero no era un marino como los que ella estaba acostumbrada a tratar, groseros y brutales, entregados al alcohol y corroidos por los vicios más denigrantes y bajos, chusma marinera que traía a aquel puertecillo todas las virulencias morbosas de todos los bajos fondos de todos los puertos de todas las costas de la tierra.

Aquel hombre tenía otro modo de hablar, otras delicadezas, otra comprensión. No había visto en ella la mujer que su situación en aquel ambiente sugería al observador superficial. Le había agradado su canción sentimental que gustaba poco a los marineros aficionados a procacidades, a canciones obscenas.

Aquel hombre era para ella una incógnita y hubiera sido una esperanza de encontrarse la muchacha en otra situación, en otro ambiente.

De todas maneras, le costaría aquella noche mucho tiempo dormirse, preocupada la imaginación por sus recuerdos, que no todos los días tropezaba en su triste oficio, que tanto repugnaba a su pureza, con hombres como aquél.

Por su parte, Montano, también se preguntaba quién podía ser aquella muchacha tan seductora, tan in-

genua, tan confidencial, que cantaba tan bien, con voz tan pura y deliciosa, canciones inconcebibles en aquel cafetúcho, evocadoras de las grandezas y de la armonía del mar.

¿Estaba enamorado de ella?... ¡Quién sabe! Los misterios del mar son los más profundos de la vida. El caso era dilucidar si ella lo merecía, si era tan pura e ingenua como parecía, o si todo era habilidad y disimulo. Estas ideas preocuparon aquella noche a Esteban y le quitaron el sueño durante largo rato.

EL DÍA SIGUIENTE

El día siguiente se encontraba Esteban en su camarote haciendo el nudo de su corbata cuando llegó a sus oídos la canción de la noche anterior. Volvió la cabeza y vio que un marinero pasaba silbándola, y terminó de ponerse la corbata y salió sobre cubierta, donde otros marineros baldeaban y donde se encontraba Ruiz. A él se acercó Esteban y le preguntó:

—¿Y el capitán?

—Bajó a tierra. Y vaya quiebro que nos diste anoche. No se puede contar contigo para nada.

—No me divertía encerrarme aquí con las cartas.

—Y te fuiste a aburrirte a tierra, que es un sitio más aburrido que éste... ¿Cómo lo pasaste? Seguramente mal. Hay puertos donde sabes que vas a encontrarte con diversiones, aventuras... ¡Pero aquí!... Menos mal que nos marchamos pronto.

—Sí. Menos mal. Pero, escucha. Tú hablas de aventuras. Si alguna

vez encontraras una verdaderamente interesante, ¿qué harías?

—Hombre, yo... Ante todo habría que saber qué se entiende por una aventura interesante.

—Tienes razón.

Entretanto, en la casa de Rosita y Marta, esta última se arreglaba delante del espejo disponiéndose a salir. Quería acudir a la cita que la noche anterior le había dado Esteban en la entrada del muelle, mientras Rosita, sentada en una silla, la miraba.

—Mucha prisa te das hoy para arreglarte—le dijo.

—Sí. Tengo que salir.

—¿A dónde?

—Pues... Quiero hacer unas compras.

—Si esperas un poco, saldremos juntas. Me hacen falta unas medias.

—Verás... es que... se me va a hacer tarde...

—Bueno. Como quieras.

—Luego nos veremos en el café.

Y mañana, si quieres, te acompañaré.

¿Para qué contarle a Rosita aquellas cosas? Era mejor callarlas. El se marcharía y sólo le quedaría a ella un recuerdo. El de aquel oficial tan simpático, tan distinto de los marineros que frecuentaban el café, tan interesante, y que había tenido con ella tantas deferencias. Que le había hecho soñar con ilusiones fantásticas que jamás tendrían realización.

Esteban caminaba por las calles de aquel puertecito. ¿Se dirigía al lugar de la cita?... Ni él mismo lo sabía. Dudaba... ¿No tendría razón Ruiz cuando le preguntaba cuál era una aventura interesante? Aquella muchacha se le había adentrado mucho en sus pensamientos. Quizá más de lo que él se imaginaba. Aquella canción tenía un encanto irresistible. Le parecía a veces que se trataba de una muchacha encantadora y digna de los mayores respetos, víctima de las circunstancias, pero también dudaba. El ambiente en el que la había encontrado era demasiado sospechoso. Y aquellas mujeres sabían fingir con extremada maestría. Si su carrera le alejaría para siempre, ¿para qué volverla a ver? ¿Y qué mal había en hacerlo? ¿Sería miedo lo que le acon-

sejaba que no acudiese a la cita? Paseaba y seguía dudando. Seguía paseando indeciso. ¿Iría?

En su deambular tropezó con escenas callejeras que le hablaban, unas veces encareciendo el amor, otras menospreciándolo. Y tales escenas influían sobre sus veleidosos pensamientos, sobre sus instintivos impulsos, sobre la determinación que acabaría por tomar.

Cuando pasaba por delante de un portal salió de él precipitadamente una muchacha que a poco le tropieza y que se reunió con un muchacho que la estaba esperando.

—¿Cómo has tardado tanto? Llevo aquí ya más de una hora espera que te espera, y tú sin salir.

—Es que he tenido que hacer.

—La excusa de siempre—pensó Esteban—. ¡Es tan fácil excusarse!

Más adelante, encontró a otra pareja mirando un escaparate.

—¿Por qué no me compras ese alfiler?—preguntaba ella.

—Siempre piden ellas — pensó Esteban— en cuanto se toman alguna confianza.

Luego, al pasar frente a otro portal, salió de él un hombre andando hacia atrás, empujado por una mujer, que le increpaba:

—¡Estoy harta de ti! ¿Lo oyes?

—Mujer...

—¡Vete... vete!

Entretanto, Marta le esperaba. Cerca de ella, del sitio de la cita, junto a la entrada del muelle, una vendedora lanzaba frecuentemente su pregón. Marta seguía paseando frente a la puerta.

Y así pasó el tiempo, sin que acudiera Esteban. Los obreros del puerto terminaron su trabajo y desfilaron frente a Marta, que seguía esperando. Luego, la vendedora ambulante se marchó. Después, cerró la puerta el vigilante. Decididamente, Esteban no acudía a la cita. ¿Por qué se la dió para luego no acudir? ¿Querría burlarse de ella? Lo creía incapaz de hacerlo, pero no había venido.

Y aquella noche, en el "Café del Puerto", estaba Rosita sentada en una mesa con otra mujer y tres marineros. Junto a ella Mariano que la interrogaba:

—¿Y Marta? ¿Cómo no ha venido?

—No sé. Salió de casa muy temprano.

Se separó del grupo Mariano, y uno de los marineros continuó su relación interrumpida por el dueño del café:

—... y entonces le dije al contra-maestre: "¿Con quién se cree usted que está hablando?" Y él me dijo:

"Hombre, no es para ponerse así..." Pero yo le dije...

Y otro marinero le interrumpió con chunga:

—Y entonces fué cuando te sacudió.

Y todos rieron, porque el de la larga y pesada explicación tenía un ojo amoratado como consecuencia de un fuerte puñetazo.

Rosita miró hacia la puerta por donde apareció Marta con aire fatigado. Había estado esperando inútilmente larguísimo rato a Esteban, de pie y paseando, y se había cansado; pero, sobre todo, sufría la depresión de ánimo propia del desengaño sufrido tras de tanto esperar.

Mariano, junto a quien se encontraba su matón profesional, la vió entrar y la llamó:

—¡Marta!

Marta se detuvo sin acercarse a él y Mariano le preguntó:

—¿Por qué vienes tan tarde?

—Me entretuve.

Y siguió andando hacia el interior del café, mientras Mariano volvía la cabeza hacia Rosita como en muda petición de explicaciones, haciendo Rosita un gesto de ignorancia.

En la puerta del fondo volvió a aparecer Marta y Rosita la llamó. Ella se acercó a su mesa pasando

frente a Mariano sin verlo, mirándola él en silencio con ojos en los que se transparentaban sus amorosos deseos.

—¿Te ocurre algo?—le preguntó Rosita mientras se levantaba para bailar con uno de los marineros.

—No me ocurre nada.

—Tú, ¿bailamos?—le preguntó a Marta otro marinero.

—Como quieras.

Y se pusieron a bailar. Pero, de repente, se detiene Marta mirando fijamente a un rincón del café, impregnada la mirada de profunda impresión. Allá lejos, sentado junto a una mesa, se encuentra Esteban, que ha entrado sin que nadie se dé cuenta de ello.

—¿Qué te pasa? — le pregunta el marinero, extrañado de aquella detención.

—No me pasa nada.

Y continúan bailando y, después de haber dado ellos varias vueltas, Esteban se levanta, se acerca a la pareja, agarra a Marta por un brazo y le dice al marinero:

—Perdón.

El marinero, aunque un poco extrañado, cede su pareja haciendo un leve gesto de saludo y quedándose mirándolos mientras se alejan bailando, con una tenue sonrisa en los labios de Esteban que, tras de

dar una vuelta de baile, la lleva a su mesa y allí se sientan.

—¿No me esperabas?—interroga él.

—No.

—Tampoco creía yo que iba a venir... Esta tarde... Bueno: no hablemos de eso. ¿Te alegra verme otra vez?

—No te entiendo.

—¿Qué importa? Ahora estamos juntos.

—Pero...

—No me digas nada. Ya sé que tienes razón... Luego lo sentí y por eso he venido. He hecho una escapada para verte otra vez.

—Pero no es posible...

—¿Qué no es posible?

—¿No sale tu barco esta noche?

—Sí, de madrugada. No hay que hablar de eso ahora. Pero si a ti no te alegra que haya vuelto...

—¿A mí?

Y se quedan mirándose. Marta baja la mirada y al volverla a alzar tropieza con la de él que apasionadamente la contempla. Esteban pone su mano sobre la que Marta tiene encima de la mesa y aproxima su cara a la suya.

Pero esta situación es groseramente interrumpida por el camarero que pregunta chungón:

—¿Va a tomar algo?

Y estalla un coro de risas bur-

lonas de los circundantes que han estado contemplando curiosamente la escena.

Esteban arroja un billete sobre la mesa, se levanta y contesta:

—Nada.

Coge luego a Marta suavemente del brazo y le dice:

—Vámonos de aquí.

Marta le replica.

—Tengo que cantar.

—Te vienes conmigo.

—No puede ser.

—¿No?... ¿Por qué?

Marta lo mira en silencio. El, sonriendo, insiste:

—Ven.

Marta se dispone, al fin, a obedecer a Montano, pero el dueño del café, seguido de su perro de presa, se acerca y le pregunta a Marta:

—¿Dónde vas?

—Viene conmigo — le responde Esteban.

—Marta no puede salir.

Marta se detiene y mira asustada a uno y otro.

—¿Tienes miedo? — le pregunta Esteban.

—No.

—Vamos.

—Tú te quedas aquí — la increpa el dueño del café, cogiéndola por un brazo y tratando de atraérsela.

Pero Esteban se interpone y, co-

giendo el brazo de Mariano, con un movimiento brusco, libra a Marta.

—Ella viene conmigo.

El matón se ha dado cuenta de todo y pretende intervenir acercándose, mientras la pareja sale por la puerta. Pero Mariano le detiene diciéndole con tono autoritario:

—¡Quieto, tú!

Mariano no tenía conciencia y era capaz de cualquier cosa, pero era prudente. Aquella escapada de Marta, de quien estaba enamorado, carecía para él de importancia. Ella volvería sin tardar mucho y su conducta le importaba poco, porque su amor no era puro ni intransigente.

Por otra parte, no se trataba de un simple marinero, sino de un oficial, contra quien no podía atentar sin correr verdaderos peligros.

Y, además, carecía de dignidad. Poco le importaba representar un papel desairado. Todos los granujas son así.

Por eso supo contener su rencor e impedir que el matón interviniera. Por eso le contuvo diciéndole:

—¡Quieto, tú!

De todos modos y por estas consideraciones, Montano se había librado de un verdadero peligro, porque los matones del café carecían de todo escrúpulo, seguros de la protección de su amo en complici-

dad con la parroquia habitual del café, que, en caso necesario, declararía a su favor, proporcionándole excelente coartada. En muchas ocasiones habían quedado impunes sus desmanes, y, confiados en tal impunidad, eran capaces de todo para tener contento a un dueño sin escrúpulos que remuneraba espléndidamente sus servicios.

Al amanecer, el "Levante" se dispone a levar anclas y salir del puerto que tan providencialmente le dió acogida para continuar su ruta.

Suena la sirena, funcionan las maquinillas, una vez soltadas las amarras, tirando de la cadena del ancla, sale ésta del agua y comienza a girar la hélice, dejando el barco, al emprender su camino, una estela en las sucias aguas del puerto.

En el puente de mando se encuentran el capitán y Ruiz.

—¿Entonces, Montano...? — le pregunta éste al capitán.

—¿Montano...? Vea usted mismo...

Y le entrega una carta. La carta que le ha enviado Esteban despidiéndose, y después agrega:

—Ya lo sabe: entre usted y yo haremos todos los turnos. No queda más remedio.

—¿Qué habrá sido?... Ese hombre...

—Montano sabe que yo le estimo. Por eso me extraña más... En fin, habrá que arreglar esto de algún modo.

—¡Abandonar el barco!... Usted me conoce, capitán. Yo no soy un novelero. Pero, para un marino, el barco debe ser antes que todo.

Y el barco se aleja de aquel puerto tal vez para no volver nunca a él, mientras allí se queda Esteban Montano seducido por los encantos de una sirena que se llama Marta.

¿Qué le había ocurrido a Esteban Montano? Indudablemente se había enamorado locamente de Marta, hasta el punto de sacrificarle su carrera, su barco, lo que para un marino, siempre encariñado hasta el extremo de la embarcación donde navega, representa el sacrificio máximo. Pero aquella muchacha le había seducido con su ingenuidad, con su belleza, con su canto, con la dulzura de su voz.

Había dudado y por la tarde no acudió a la cita. El ambiente en el que se había tropezado con ella era en extremo sospechoso. Mil circunstancias le aconsejaban continuar su viaje y olvidarla. No podía llevársela con él y, para no renunciar a ella, tenía que dar aquella gran

campanada de renunciar a su destino y quedarse en aquel puertecillo insignificante. Se trataba de una gran locura. Y por eso dudó y cuando salió del barco para acudir a la cita, paseó largo rato por las calles sin acudir a la entrada del muelle.

Pero sintió unos remordimientos horribles pensando en la espera infructuosa que le había obligado a hacer y la imagen de aquella chiquilla, fija obsesionantemente en su cerebro, constituía para él un verdadero tormento. Y así se decidió a acudir al café por la noche. Y una vez allí, seducido por los atractivos de Marta, al ver cómo ésta era tra-

tada por Mariano, encontró en el amor que se había agigantado en su pecho una excusa plausible para protegerla a toda costa. Y le escribió al capitán despidiéndose y decidió quedarse en aquel pueblo al lado de la que, por los misteriosos resortes del amor, constituía ya para él un elemento indispensable para su vida; de la que haría su esposa, aunque a primera vista pareciese una locura enlazarse con una cantante de café de la ínfima categoría de aquél, frecuentado por marineros y gentuza de todos los mares.

ALGUN TIEMPO DESPUES

¡Qué vueltas da el mundo!

¿Quién le hubiera dicho a Montano, pocos días antes, cuando el "Levante" luchaba desesperadamente con las olas, el viento y las exhalaciones, que pocos días después iba a abandonar el mar, su carrera, todo su plan de vida, para unirse con una muchacha que cantaba canciones sentimentales en un tugurio del puerto frecuentado por gentuza y escenario de las más truculentas escenas?

¿Qué fuerza misteriosa le había impulsado a dar aquella brusca virada en la ruta de su vida? ¿Qué vientos contrarios le habían obligado a virar en redondo? ¿Qué fuerza misteriosa había obrado aquel portento?

¡El amor!

La fuerza mágica que tantas veces decide sobre el porvenir de los hombres —y de las mujeres— contra todos los dictados de la lógica, de los convencionalismos, de los vulgares intereses y aun de las conveniencias y de otros deberes que

esa fuerza se complace en trastornar, desquiciando las razones, los propósitos, las conveniencias, todo.

Esteban se había enamorado de Marta. Esto era todo. Una cosa al parecer insignificante; pero, en esencia, fundamental e importantísima. El amor le había disparado una de sus flechas y le había herido en su corazón, deshaciendo todos sus anteriores planes, cambiándole en otro hombre...

¿Y Marta?... También el amor la había flechado. También ella se había enamorado de aquel hombre. Y también su vida iba a cambiar radicalmente, saliendo del inmundo café que tanto la repugnaba, para vivir junto a un hombre bueno, enamorado de ella y a quien quizá ella también amaba con todo su corazón, con toda su alma.

.....

Esteban y Marta se han casado y viven en una casita modesta, pero bien arreglada, nido de sus amores. Marta se encuentra cosiendo y en uno de sus dedos se ve una alianza,

signo de matrimonio. Mientras atiende a su costura, escucha la voz de Esteban que desde la habitación próxima le habla, apareciendo al poco rato secándose las manos con una toalla.

—Llevo ya media hora—le dice—tratando de recordar dónde te dije que iba a llevarte, y no lo consigo. Tengo la cabeza a pájaros.

—Estás pensando en algo más serio, ya lo sé. Te preocupa lo del empleo.

—Preocuparme, no. Tengo la seguridad de encontrar algo. Aquí no debe ser difícil, porque este puerto es más importante de lo que a primera vista parece... ¿Dónde está la corbata?... ¡Ah, ya la veo! ¿Qué dices?

Mientras Esteban se pone la corbata, Marta ha dejado de coser y le mira, diciéndole:

—¿Y si fallaran tus esperanzas, Esteban?

—¡Bah! No lo pienses... ¿Por qué han de fallar? En último caso...

—Volverías a navegar.

—Navegar... ¡No! —le contesta Esteban después de echar por la ventana al mar una mirada llena de nostalgia y, acercándose a ella, añade—: No podría separarme de ti. Esas noches en el mar... Y tú aquí, sola... No. No puede ser. De ninguna manera.

—Pero es que así no podemos seguir mucho tiempo.

—Bueno. Si. El dinero... Pero, ya lo tendremos. No te atormentes. Mira, deja de coser.

Y él la coge de los brazos, incorporándose ella llevando en sus manos aún lo que estaba cosiendo, y él, cariñosamente, le dice:

—Marta, ¿tienes miedo?

—A tu lado, no...

Suena en esto la campanilla. Ambos miran hacia la puerta y Marta va a abrir, presentándose Rosita procedente de la calle. Rosita, la compañera de Marta, que con ella compartía su casita cuando ésta cantaba en el café.

—¡Es Rosita! Pasa, mujer.

—¡Hola, Marta! ¿Estás sola?

—No. Ven, entra. Está aquí Esteban.

Y penetran desde el vestíbulo a la habitación de estar donde se encuentra Esteban.

—Es Rosita... Siéntate.

—Buenas tardes.

Esteban le contesta con una ligera inclinación de cabeza. Indudablemente le es poco grata aquella visita, aquel retornar a los tiempos pasados que él quisiera que desaparecieran para siempre.

—¿Qué es de tu vida?—le pregunta Marta.

—Pues... lo de siempre. Está bonita tu casa.

Esteban se dirige a la alcoba. Rosita se aproxima a Marta y habla en tono más íntimo:

—¿Estás contenta?

—Sí.

—¿Te va bien con él? Pero tendrá que volver a embarcarse...

—¡Oh, no!

—¿Estás segura?... Nos acordamos mucho de ti. En cambio, tú no has vuelto por el café. Nos has olvidado.

—No. A ti no... Pero compéndelo...

—¡Ah, sí! Mariano sabe que... Por eso he venido a verte. El está seguro de que has de volver. Quiere hablar contigo.

—¿Para qué?... No creo que se atreva.

Esteban, saliendo de la alcoba, dice a Marta:

—¿Olvidas que vamos a salir?

Rosita vuelve a adoptar una posición encogida y etiquetera. Marta responde:

—No. Ya estoy arreglada.

Y se levantan Marta y Rosita, diciendo éstas:

—Yo me marcho ahora. Sólo quería verte.

—No, espera. Podemos ir juntos...—y dirigiéndose a Esteban, le pregunta—: ¿Verdad?

—Sí ella quiere...

Marta sale un momento de la habitación mientras Esteban mira por la ventana sin hacer caso de la visita, que se siente desconcertada por su actitud. Y vuelve a aparecer Marta, que les dice:

—Cuando queráis.

Pero, en cuanto salen los tres a la calle, le pregunta Esteban a Rosita:

—¿Por dónde va usted?

Y ésta, azorada, contesta:

—No... Yo les dejo... Tengo prisa y ustedes irán despacio.

Y mientras Marta mira en silencio a Esteban, se despidе de ella Rosita:

—Bueno... pues... adiós, Marta. Hasta otro día.

—Adiós, Rosita.

—Buenas tardes — la despidió Esteban secamente, y luego le preguntó a su esposa—: ¿Eres muy amiga de Rosita?

—Es muy buena chica. ¿Te molesta que venga?

—No, pero todo lo que sea de allí...

—¿Por qué? ¿Piensas que me importa?

—Has estado tanto tiempo...

—¿Crees que guardo buenos recuerdos? Eso se acabó para siempre, ¿verdad?

Esteban la mira amoroso estre-

chando el brazo que le lleva cogido. Y continúan el paseo acercándose al puerto donde se recrean escuchando la música de acordeón, típicamente marinera, que sale de un grupo de hombres de mar...

Rosita había ido a visitar a Marta por encargo de Mariano, el dueño del café, para explorar la situación y ver si podía abrigar alguna esperanza de que Marta volviera. Así es que, en cuanto regresó de su visita, se entrevistó con Mariano que estaba junto al mostrador y que se separó de él para recibirla, ansioso de noticias, porque no sólo le interesaba Marta como cantante, sino también como mujer, codicioso de su plástica belleza.

—¿Sabe lo que le digo?—le susurró la embajadora—. Que ya puede ir buscando otra cantante...

—¿No me necesita, eh?... Será por ahora.

—¿Piensa usted que sin usted se acabó todo?... Pues dígalo: Marta, por lo que he visto, no volverá más por aquí.

—Bueno, bueno. Ya lo veremos. Es pronto todavía.

—Sí... Marta ha encontrado un hombre que la quiere... Y ella no servía para esto.

Y Rosita da media vuelta para alejarse, pero Mariano la llama.

—¡Rosita! Aguarda un momento... Ven conmigo.

Y, seguida de ella que está llena de extrañeza, se encamina al fondo del café hacia sus habitaciones particulares. Y, ya en su despacho, saca de un cajón—en el que hay un revólver—un alfiler y unos pendientes y, después de un breve titubeo, va hacia Rosita que le mira sin comprender aún y le dice:

—Oye... Tú ves a Marta... ¿No?... Me gustaría que tuviera un recuerdo mío, de aquí donde tanto tiempo ha trabajado... Una chuchería... Mira... Y para ti también tengo otro regalo... Lo tenía pensado hace tiempo... lo que pasa, ¿eh?... ¿Qué te parece?

Pero Rosita mira de arriba abajo a Mariano y, dejando sobre la mesa los regalos, le responde ofendida:

—Oiga usted, don Mariano... ¿Usted sabe los años que tengo? Pues todavía no soy tan vieja para dedicarme a... estas cosas.

Y da media vuelta y se marcha dejando a Mariano abstraído.

* * *

Pero Mariano no se descorazona por eso. Desea a Marta y, por otra parte, en su hajeza, piensa que todo es cuestión de precio y que podrá atraerse a la muchacha regalándole aquellas chucherías.

Así es que, poco tiempo después, se encontraba medio escondido en un portal espionando la casa donde vivían Esteban y Marta, esperando que se marchase el primero para visitarla a ella y tratar de convencerla.

De modo que, en cuanto vió que salía a la calle su rival y una vez que se hubo alejado, llamó a la puerta de la casa, saliendo Marta a abrir y quedando desagradablemente sorprendida por la visita.

—¡Usted!—exclamó la joven.

—¡Hola, Marta!—dijo Mariano entrando en la casa antes de que ella pudiera impedirlo. Y, ya en el interior, en la habitación de todo estar, volviéndose a ella que le seguía asustada, le dijo:

—¿Qué me miras así?... No te asustes... ¿O es por...?

Y, dirigiendo una mirada a su alrededor, añadió:

—Estás bien instalada, mujer. Mejor que conmigo... Digo, cuando vivías con Rosita... ¿Verdad?

—¿Qué es lo que se le ocurre a usted?

—¿Yo?... Nada... Verte... Yo y

tú no hemos reñido en tanto tiempo como has vivido conmigo... Desde niña... ¿Te acuerdas?... No dices nada... ¿Has olvidado ya?... Siempre pasa...

—No, no he olvidado nada. Ni cuando me recogió usted casi en la calle, ni cuando después...

—¿Qué me vas a decir? ¿Qué mal te he hecho yo nunca?... ¿Por qué te has marchado sin decir nada?... ¿Y con quién?... Con un marino cualquiera, que te dejará en cuanto se canse de ti... No habías pensado eso, ¿verdad?... Pues ocurrirá... Tiene que ocurrir.

—No, no... ¡Déjeme usted!... ¡Váyase!

—No te pongas así. Ahora me iré... No me irás a echar... Yo te quiero bien... Precisamente te traía un recuerdo, una cosilla... nada... Miralo.

Y le presenta un paquetito que saca de un bolsillo.

—Guárdeselo... No quiero nada de usted.

—¿No quieres nada mío?... ¿Por qué?...

Y ya exacerbado, sin poder contenerse, contemplando a Marta a quien la indignación hermozeaba aún más, prorrumpió:

—¡Marta!... ¡Te quiero para mí!... Tienes que venir... Te daré

todo lo que quieras... ¡Todo lo que tengo!

Y, asiéndola fuertemente, intenta acercarla a sí, pero ella forcejea y logra desprenderse mientras grita:

—¡Suelte!... ¡Suélteme usted!... ¡Me repugna!

Y Mariano retrocede hacia la puerta al mismo tiempo que habla:

—¿Sí, eh?... ¿Conque te repugno?... El otro, no, ¿verdad?... Pues que tenga cuidado... ¿De mí no se ha reído nunca nadie?... ¿Lo oyes?

Y ha abierto la puerta y, tras de estas últimas palabras, sale dando un portazo, dominado por la mayor indignación.

Pero antes de marcharse había dejado allí señal de su visita. Había entrado fumando y había arrojado al suelo una colilla.

* * *

Cuando Esteban regresaba hacia su casa, se paró ante un escaparate y entró en la tienda para hacer una compra. Quería darle una sorpresa a su adorada Marta. Y compra un cinturón.

Cuando llega a casa, ella, que estaba sentada en una butaquita con el cesto de la costura sobre las pier-

nas, se levanta y acude a abrazarlo mientras él le pregunta:

—¿He tardado mucho?

—Sí... No...

—¿Te has aburrido?

—¿Y qué te dijeron esos señores de la colocación?... ¿Salió la cosa bien?

—Sí, muy bien. Empezaré a trabajar dentro de unos días.

Mientras habla, ha sacado del bolsillo el cinturón a escondidas de Marta e intenta ponérselo.

—¡Cuánto me alegro!... ¿Y tú, estás contento?... Pero, ¿qué haces?... ¡Suelta!... ¿Qué es esto?

Y, cuando ve el cinturón que él no acierta a abrochar, exclama:

—¡Qué bueno eres!

—¡Qué difícil es abrochar esto!

—Trae, tonto—y contemplándolo añade—: ¡Qué bonito! ¿Cómo se te ha ocurrido?... Y va muy bien con el vestido... ¡Qué suerte!

—¿Cómo suerte?... Bueno, la verdad es que lo eligió la muchacha de la tienda. Yo estaba hecho un lío. No sabía qué escoger. ¿Te gusta?

—Mucho.

Pero, entretanto, y mientras llenaba su pipa, miró Esteban hacia el suelo y reparó en la colilla que había dejado allí Mariano.



—No pareces muy divertida.



Y pone una mano sobre la que Marta tiene encima de la mesa.



Así salieron a la calle.,



...llegó a sus oídos la canción de la noche anterior.,



—Mucha prisa te das hoy para arreglarte.



—Ella viene conmigo.



—Tú ves a Marta, ¿no? Me gustaría que tuviera un recuerdo mío—



—¿Sí, eh?... ¿Conque te repugna?



—Me engañó. Me dijo que te habías ido del café con un hombre.



—Una niña. Ha habido un muerto. Han matado a un hombre.



—¡Emili! ¡Emili!



Acudieron a la fiesta



—Era usted bastante menos alegre antes.



—Menos mal que aquella muchacha se portó muy bien,



—¿Per qué me engañasta?



—¿Que le importa ya todo, si ha recuperado a su Marta?

—¿Qué te parece?—le pregunta ella—. Hace muy bien.

—Sí—le responde él—. ¿Tienes pitillos?

—No... Ya sabes que no... ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada.

Y Marta, acercándose a él, le dice:

—Tengo que decirte una cosa... No quisiera que te disgustaras...

—¿Disgustarme?

—Sí... No sé... Pero tengo que decírtelo.

—Dí.

—Ha estado aquí Mariano.

—¿Mariano!

—Hubiera querido ocultártelo... Pero no puedo... Tienes que saberlo todo, ¿comprendes?

—Sí. ¿Qué quería?

—No sé... Concretamente nada... Que si no iba a volver allí... Al café... a cantar... Que se acuerdan mucho de mí... Nada.

—¿Y tú?

—¿Yo?... Pues tenía miedo de que volvieras... Y lo estaba deseando también.

Y Esteban coge a Marta y la atrae hacia sí, cariñoso, emocionado, pensando en la tragedia que para ella supone la rivalidad de aquel repugnante Mariano...

UNA CANALLADA

Mariano era hombre incapaz de dar su brazo a torcer. Gracias a su dinero—que él consideraba omnipotente—y a sus malas mañas auxiliadas por una completa ausencia de conciencia, siempre se había salido con la suya. Y en aquella ocasión se trataba de algo mucho más serio e importante que su amor propio y su vanidad. Se trataba de Marta que había despertado en él deseos avasalladores.

Esteban le estorbaba y tenía que desaparecer. Luego, Marta se vería obligada a volver al café y se encontraría entregada a él atada de pies y manos. De manera que lo que le interesaba y convenía era eliminar a Esteban.

Pero éste no se iría voluntariamente del pueblo dejando a Marta allí, de modo que únicamente podía librarse de él haciéndole matar. Pero ello era delicado y peligroso.

Disponía de varios hombres capaces de las mayores canalladas, de todos los crímenes que él les ordenase ejecutar. Pero eran demasiado

conocidos como agentes suyos y el asesinato de un oficial de la marina mercante podía traer repercusiones muy graves. Era mejor recurrir a cualquier otro procedimiento, quedándole, en último caso, sus valientes, para jugarse la última carta si sus planes le fallaban.

Y se le ocurrió una canallada digna de él. Su imaginación era fecunda en recursos, cuando éstos eran viles y rastreros. Madurando sus planes infames, sonrió.

Poco tiempo después se encontraba en la estación del ferrocarril el matón asalariado de Mariano esperando la llegada del tren y con ella la de un viajero que el dueño del café había hecho venir.

Esto era Emilio, que descendió del tren con aire indeciso llevando en la mano una pequeña maleta. Y el "matón" se acercó a él saludándolo:

—¡Hola, Emilio!

—¡Hola!... ¿Qué pasa?... ¿Para qué me ha hecho venir Mariano?

—Ya te lo dirá él.

Se encaminaron ambos al Café del Puerto y, una vez allí, el dueño lo recibió amablemente.

—¡Hola, Emilio! ¿Cómo estás? ¿Qué tal marchan tus cosas?

—¿Para qué me has hecho venir?

—No traes tú poca prisa... ¿No quieres beber antes?

Y Mariano le sirve una copa que Emilio, después de un momento de vacilación, apura. Después le pregunta:

—¿Hace mucho tiempo que no tienes noticias de Marta?

—Bastante... ¿Qué ocurre?... ¿Dónde está?... ¿Le ha pasado algo?

—No te dispares tan pronto... Marta ya no está aquí.

—¿No?... ¿Por qué?

—Ven adentro y te lo explicaré todo.

Y Mariano penetró con Emilio en sus habitaciones particulares al fondo del café, pero antes cogió, sonriendo, la botella y el vaso en que había servido la bebida a Emilio. El "matón" se quedó fuera hablando con otro de los compinches del café.

—¿Por qué habrá hecho Mariano venir a Emilio?—le preguntó éste a aquél.

—Por verle el tipo me imagino que no... ¿Qué hace ahora?

—Lo de siempre... me figuro... Emborracharse.

Y se acerca Rosita, preguntando:

—¿Es Emilio, verdad?... ¿Lo sabe Marta?

—Todavía no — le contesta el "matón".

—¿Qué cambiado está! — exclama ella—. No debe pasarlo muy bien.

—¿Qué va a pasarlo! Lo que es ése, desde que se tuvo que largar...

—Aquello le pasó por ser buena persona.

—¡Venga ya! — interrumpió el otro matón—. Y aún puede dar gracias porque no lo encerraron... Lo que son las mujeres...

Y pasa una mujer bastante llamativa, volviéndose el segundo matón para mirarla mientras Rosita y el otro sonríen. Y luego se escucha el chasquido de una bofetada que hace que todos vuelvan la cabeza... Aquella mujer llamativa se encuentra junto a una mesa en la que hay tres marineros a uno de los cuales le propinó ella el sopapo. El segundo matón se aproxima preguntando:

—¿Qué pasa?

—Nada—responde la mujer—. Este pollo marítimo...

—¿Usted no sabe tratar a una señorita?

—Precisamente yo estaba intentando una aproximación...

Todos ríen menos aquella mujer y el matón. Hay varias parejas bailando. El mariuero abofeteado, tipo entre simpático y grotesco, intenta levantarse, pero el valiente se lo impide sentándolo violentamente. El reclama:

—Pero... ¿es que también está prohibido bailar?

Y por fin se levanta e invita a bailar a aquella mujer con música expresiva y graciosa. A ella le hace gracia y acepta de la misma manera.

Y sale Emilio por la puerta del fondo con expresión exaltada. Pasa por delante de los hombres sin mirarlos y Rosita le llama, pero él no hace caso y sale disparado a la calle con paso inseguro de borracho...

* * *

Emilio llega descompuesto ante la casa de Esteban y Marta, se para, mira el número y llama a la puerta. Esta es abierta por Esteban a quien Emilio mira fijamente un momento.

—¿Vive aquí...? — pregunta, y sin terminar la interrogación, penetra en la casa apartando a Esteban. Y llega hasta Marta seguido por éste lleno de extrañeza.

Al ver a Emilio, Marta exclama: —¡Emilio!

Tras de Emilio ha entrado Esteban en actitud muy desconcertada. Emilio, parado ante Marta, la mira fijamente en silencio. Y, de pronto, le da una bofetada. Y después se vuelve amenazador hacia Esteban y le increpa:

—¿Usted es el hombre que...?

Pero Esteban se abalanza sobre él y le corta la frase con un fuerte puñetazo. Y luchan los dos violentamente mientras Marta grita y trata de separarlos inútilmente con sus escasas fuerzas de mujer, sujetando a Esteban para proteger a Emilio. Este cae al suelo víctima de un certero golpe de su rival y Marta, angustiada, acude al caído, gritando:

—¡Emilio!... ¡Hermano mío!

—¡Tu hermano! — exclama Esteban.

Mientras Marta levanta la cabeza del caído y trata de incorporarlo, éste se repone, mira a Esteban, y Marta le susurra en tono íntimo:

—¡Emilio! ¡Soy su mujer!

Emilio acaba de levantarse ayudado por ella y se sienta, murmurando:

—¡Su mujer! Entonces me ha engañado...

—¿Quién le ha engañado? — pregunta Esteban.

—Mariano... Me la ha de pagar.

E intenta marchar violentamente hacia la puerta, pero Marta se lo impide.

—No, Emilio—le suplica—. Esteban, no le dejes salir.

—No puedes salir ahora—le dice éste—. ¿Qué te ha dicho Mariano?

—Me engañó... Me hizo venir... Me mandó dinero... Luego me dijo que tú te... Que te habías ido del café con un hombre... Me hizo beber... He bebido mucho... Desde que huí, bebo siempre... No debí creerle. Tú eras lo único limpio que me quedaba... Pero... ¿por qué?... Te persigue, ¿verdad? Y tu marido le estorba... Dejadme ir...

E intenta marcharse, pero Esteban le sujeta nuevamente.

—Dejadme ir... Yo le conozco bien... Yo...

—Estate quieto — le amonesta Esteban—. Tranquilízate. Lo mejor es que se acueste. Llévalo tú, Marta.

—No. Tú no lo conoces.

—Tú te acuestas ahora. Ya arreglaremos esto. Vamos.

Y Marta entra en la alcoba con Emilio. Esteban queda pensativo. Se ve que ha tomado una determinación. Marta sale de la alcoba después de dejar acostado a su hermano.

—Voy a hacerle un poco de café—dice—. ¿Qué haces? ¿Vas a salir?

—Sí.

—Pero, por Dios... No vayas a ir...

—¿Tienes confianza en mí?

—Sí, pero...

—Cuida a tu hermano.

Y se marchó camino del café. Aquello había que arreglarlo inmediatamente. Esteban era hombre de resoluciones rápidas, como buen marino.

Pero Emilio llamó a Marta que acudió a la cama donde estaba acostado.

—¿Quién se ha marchado?—preguntó.

—Esteban, mi marido.

—¿Va allí?

—Sí... Te estoy preparando una taza de café.

—Sí. Tráemela.

Cuando su hermana salió, Emilio, con la idea fija de un borracho y, por otra parte, conociendo las mañas que empleaban Mariano y sus matones, se levantó de la cama y, procurando no hacer ruido, abrió la ventana y saltó por ella a la calle, decidido a ir al café a intervenir en la reyerta que esperaba.

LA LUCHA EN EL CAFÉ

Así como la cobardía caracteriza a los hombres ruines capaces de las mayores canalladas, las personas decentes, asistidas por una conciencia recta, tienen por característica el valor. Un valor sereno, reflexivo, consecuencia de la confianza en sí mismo y en la causa que motiva sus acciones.

De modo que Esteban, viéndose acometido tan villanamente por el infame Mariano, no siente absolutamente el más pequeño temor y acude en persona a enfrentarse con su rival, seguro de su triunfo.

¿Y qué miedo podía tener un hombre de mar acostumbrado a dar la cara y el pecho a los riesgos inauditos de la tempestad? ¿Qué significa para él la enemistad de un hombre, cuando ha sabido luchar serenamente con los elementos desencadenados como furias, con las olas gigantescas como montañas, con el huracán que arranca de cuajo los árboles, con el rayo que fulmina víctimas, en una palabra, con la adversidad cósmica?

Esteban no tiene miedo, pero reconoce la imprescindible necesidad de resolver aquella situación inmediatamente, de una manera definitiva y rápida.

Ya veía el dueño del Café del Puerto quién era él y lo peligroso que es atacar con malas artes a un hombre honrado y digno. A un marino de altura, a un oficial del "Levante".

Esteban llega al Café del Puerto y penetra en él decididamente, atravesando entre las mesas hacia el grupo que forman junto al mostrador Mariano y sus hombres que lo ven llegar con verdadera sorpresa.

—Vengo a hablar con usted—le dice a Mariano.

—¿Connmigo?

—Sí. Con usted.

Y Mariano hace un gesto a sus hombres para que se separen, como así lo hacen, y contesta:

—Bueno. Usted dirá.

En esto estalla una tempestad de aplausos. Imposible entenderse.

Y Mariano, mientras Esteban mira hacia el escenario, le dice:

—Tendremos que ir adentro... Si no le importa a usted.

Y, antes de marchar, hace una seña disimulada a sus hombres.

Penetraron por un pasillo y, tras de él, subieron por una escalera, mientras que, siguiendo sus pasos desde lejos, caminaban tras ellos los matones del dueño del café.

Pero Rosita, a quien no había escapado nada de lo sucedido, miraba alarmada la marcha de aquellos valientes tras de su amo y de su visitante.

Al llegar los dos rivales a una habitación, Mariano invitó a Esteban:

—¿No se sienta?

—No.

—Como quiera. Hable usted.

—Vamos a dejar aparte las minucias. Por lo visto usted quiere algo de mí y esto lo vamos a arreglar sin intermediarios. Entre usted y yo.

Pero, detrás de la puerta, se escucha un ruido sospechoso aunque apagado. Esteban mira hacia ella y después a Mariano.

Tras de la puerta se encuentran los hombres de éste, que, de pronto, ven venir detrás de ellos a Emilio.

—¿Qué quieres tú aquí? — le pregunta uno de ellos.

—¿Dónde está Mariano?

—Está ocupado... ¡Lárgate!

—Tengo que verle.

—Te digo que no puedes pasar.

—Lo veremos.

E intenta abrirse paso entre los hombres forcejeando, hasta que uno de ellos exclama:

—¡Dale!

Uno de los hombres le golpea brutalmente, cayendo Emilio al suelo.

Entretanto, escamado por aquellos ruidos, Esteban se dirige a la puerta y da una vuelta a la llave, diciendo:

—Para que no nos interrumpan.

Luego avanza hacia Mariano y le plantea la cuestión:

—¿Qué pretende usted de Marta?

—¿Yo?

—Sí. Usted... Marta ha salido de su inmundo café para siempre. ¿Se entera?... Y yo estoy a su lado... Ni usted ni su gente me dan miedo y he venido para liquidar este asunto. Usted es...

—Yo soy el que durante unos años ha dado de comer a Marta.

—¡Y ahora pensaba cobrárselo! ¿No es eso? Usted cree que ha hecho de ella una de tantas mujeres de café... Ha querido utilizar a su hermano contra mí... ¿Qué es lo que busca?... Marta es mi mujer y estoy

dispuesto a aplastarle si intenta acercarse a ella.

—¿Su mujer?... No se haga el santo... Usted la dejará en cuanto se canse de ella. Como si yo no conociera el percal...

—¡Canalla!

—Tenga cuidado. Usted viene a amenazarme a mi casa... Y no sé lo que usted cree...

Pero se vuelve a escuchar tras de la puerta un alboroto y se oye la voz de Marta que grita:

—¡Esteban!

Este corre a la puerta y la abre sorprendiendo a los matones de Mariano, uno de los cuales sujeta a Marta, con la que forcejea. De un puñetazo tumba a uno de aquellos hombres sobre otro y coge a su esposa, separándola violentamente del hombre que la sujeta... Sus tres enemigos, repuestos de la sorpresa, se disponen a acometerlo. Pero, tras un momento de duda, Esteban vuelve a entrar en la habitación con Marta y cierra de nuevo la puerta. Mariano empuña una pistola, pero Esteban coge una silla y se la arroja rápidamente.

Mariano dispara, pero la silla ha caído sobre su brazo, desviando la puntería.

Luego luchan a brazo partido. Esteban consigue arrebatarse la pistola y Mariano se queda paralizado

mientras sus hombres aporrean inútilmente la puerta.

—¡Quieto!—le grita Esteban a su rival—. Podría ahora mismo acabar con usted... Si no fuera por...

De repente, cruza una idea por su cerebro.

—Salga usted—le ordena encañonándolo.

Y se dirige despacio hacia la puerta, precedido siempre por Mariano, la abre repentinamente y los tres hombres casi caen sobre Mariano, que descarga sobre ellos su cólera, gritándoles:

—¡Fuera, idiotas!

Por su parte, Esteban, dominándolos con la pistola, se abre camino y consigue llegar hasta el café, donde la aparición de los valientes y el dueño, acorralados por Esteban, produce entre los parroquianos inmensa sensación, interrumpiéndose la orquesta y produciéndose un trágico silencio.

Esteban se da cuenta del efecto producido y va a guardarse la pistola, pero la tira a los pies de Mariano y se dirige a la puerta con la mayor tranquilidad.

El barman, impasible, cierra las anaqueleras como en todos los casos de bronca.

Cuando ya se han marchado Esteban y Marta, Mariano reacciona, gritando a la orquesta:

—¡Esos músicos!... ¡A tocar en seguida!

Y los músicos vuelven a tocar y el barman vuelve a abrir y todo recobra su aspecto habitual.

Ya en la calle, cuando Esteban iba a dirigirse a su casa, ve un marinero que sale corriendo del café y se le acerca.

—¿Es usted el oficial Montano, verdad?—le pregunta.

—Sí. ¿Qué quiere?

—Entregarle esta carta para usted, del capitán Herrero.

—¿Para mí?

—Sí, señor.

—Está bien.

Y se la guardó en el bolsillo, diciéndole a Marta:

—No debiste venir.

—Emilio se escapó. Saltó por la ventana de la alcoba.

—No te preocupes. Ya lo encontraremos.

Entretanto, Emilio había recuperado el sentido y bajaba lentamente la escalera. Pero se detuvo al escuchar la voz de Mariano que daba instrucciones a sus hombres.

La desesperación de Mariano era imponente. Ya no se trataba solamente de haber visto fracasar su canallresco plan fundamentado en Emilio y de que Esteban había quedado incólume, sino que había sido humillado en su propia casa y hasta

ante la vista de todos sus parroquianos. Bramaba de ira y, perdido completamente su propio control, estaba decidido a vengarse fuera como fuera, le costase lo que le costase. Por eso dió a sus tres matones las instrucciones abominables que Emilio había podido escuchar: Seguirlo y, cuando se encontrasen en un lugar solitario, precipitarse sobre él y asesinarlo despiadadamente. El les prepararía la coartada y los asiduos parroquianos que le debían dinero o favores, o que simplemente le temían, declararían más tarde que los tres valientes no se habían movido del café en toda la noche ni salido a la calle.

Aquel golpe no podía fallar. Sus hombres eran profesionales que nunca erraban el golpe, además de ser forzudos como hércules de circo. Y eran tres contra un hombre indefenso que había tenido la vanidosa petulancia de arrojar al suelo la pistola con la que pudiera defenderse. Era un hombre indefenso contra tres criminales decididos y armados de cuchillos. Indudablemente, la suerte de Montano estaba echada y no sería en lo sucesivo un estorbo para los planes del dueño del café.

Caminaban Marta y Esteban hacia su casa y la joven volvió la cabeza con manifiesta inquietud.

—Tengo miedo—murmuró.

—Vamos. Estás inquieta por tu hermano. ¡Quién sabe si no estará ya esperándonos!

—Pero... si fué en busca de Mariano...

—No pienses más en ello... A Mariano no le deben quedar ganas de... ¿Qué miras?

—Nada... Me parecía... Al cruzar el muelle me pareció ver a los de antes.

Y, efectivamente, dos de los valientes del calé los seguían con ánimo siniestro, obedeciendo a la consigna de su amo.

Pero Emilio la había oído también y los seguía a su vez.

Cuando Esteban notó que le seguían, hizo que Marta se parase frente a un escaparate y avanzó decididamente sobre ellos. Se inició ruda lucha. Esteban lleva al principio ventaja acorralándolos con sus puños, pero acude un tercer matón y la lucha ya es desigual.

Y, en tal momento, acude Emilio e interviene en la pelea. Pero se oye un grito y cae Emilio al suelo.

Se oye el pito de un sereno, acude la gente y los valientes buyen corriendo. En el suelo queda Emilio malherido y Esteban sosegando a Marta que se desespera ante el estado de su hermano.

Y se presenta un agente de orden público que interroga:

—¿Qué sucede aquí?

Y se oyen voces que dicen:

—Una riña... Ha habido un muerto... han matado a un hombre.

Marta grita desconsolada:

—¡Emilio!... ¡Emilio!

—¿Quién es este hombre?—pregunta el agente.

—Mi hermano.

—¿Quién le ha herido?... ¿Usted quién es?

A esta pregunta dirigida en tono autoritario a Esteban, éste contestó mostrando su documentación de marino.

—Está bien—murmuró el agente, no sin mirarlo con cierta desconfianza—. Oficial de la marina mercante. Tendrá usted que venir conmigo a la comisaría y quedar detenido hasta que sea comprobada su personalidad.

—Perfectamente. Voy con usted.

* * *

Los hombres de Mariano habían errado el golpe y, en lugar de acabar con Esteban, como les había ordenado su patrono, habían malherido, y quizás muerto, a Emilio. Y la

policía había intervenido, siendo posible que les exigieran responsabilidades, porque les había visto mucha gente huir, ellos eran muy conocidos en toda la población y, sobre todo, la declaración de Marta y Esteban podía comprometerles.

De modo que no tardaron en valerse de una estratagema.

Ellos conocían bien a Marta. Sabían que ésta tenía perfecto concepto del carácter y de los recursos de Mariano y no sería difícil de convencer, y la llamaron a casa de Rosita con un fingido recado de ésta suponiéndola enferma.

Marta, que apreciaba mucho a su antigua compañera de vivienda, se apresuró a acudir a casa de su amiga y allí, en vez de Rosita, alejada de su casa por los malhechores, se encontró con el matón.

Cuando traspuso la puerta de la casa, que se encontraba abierta, vió Marta aparecer tras de ella a aquel bandido. Quiso retroceder, pero el matón apoyó las espaldas en la puerta que acababa de cerrar y la saludó con sorna:

—¡Hola, Marta!

—¿Tú?... ¡Rosita!

—Rosita no está.

—Me envió recado de que... Entonces era mentira... ¡Déjeme salir!

—No corras tanto... Tengo un recadito para ti y te lo he de dar. Por-

que te conviene oírme, por ti y por el... marino.

—¿Pero Rosita no está enferma?

—Ni lo pienses. Quería hablarte y por eso te he hecho venir.

—¿No tenéis bastante ya?... ¿Qué queréis?

—Escucha. Lo de tu hermano ha sido una desgracia y bastante lo sentimos: puedes creerme. El tuvo la culpa, por meterse por medio. Pero el otro... Tú sabes que Mariano no es de los que perdonan. Tu marino está pisando terreno peligroso y tú... Bueno, ¿qué has dicho a la policía? Ten cuidado con la lengua.

—Diré la verdad, asesino. ¿Que habéis sido vosotros!

—¿Sí, eh? ¿Y de qué te va a servir? Hay cuarenta personas que declararán que a la misma hora estábamos en el café... No será la primera vez... Y te costaría caro... El primero en caer sería él.

Marta se sintió sobrecogida por un verdadero terror. Conocía bien a Mariano y a sus hombres. Sabía que la vida de su Esteban correría en adelante un continuo peligro, difícil de evitar. Por lo pronto, lo mejor sería seguir los consejos de aquel hombre y no acusar a los asesinos, porque, efectivamente, ellos podrían fácilmente probar la coartada y su acusación sería vana.

El matón continuó:

—Lo que le tiene cuenta a tu marino es largarse. Esta tierra no le sienta bien. Ya sabes lo que le conviene. Si se queda, cualquier noche puede encontrarse con... Y, entonces, ¿qué harás tú?... Mariano no te quiere mal y tendrás que volver al café.

—Pero, ¿por qué?... ¿Qué queréis que haga?

—Nada. Que él se vaya y tú vuelvas al café... Además, el marino te dejará cualquier día, como todos. Hay un capitán que lo conoce y lo anda buscando para llevárselo. Mariano se ha enterado... Mejor será que se lo lleve y nos ahorrará trabajo. El te habrá de dejar de una manera o de otra. Elige tú.

—No... no puede ser... ¡Déjeme salir!

—Bueno. Como quieras. Yo ya te he avisado... Tú piénsalo despacio. ¡Cuidadito!

Y el matón le franqueó la salida, apresurándose Marta a huir de aquella casa contristado el ánimo, llena de miedo.

* * *

El día siguiente compareció Esteban en la comisaría, ante el jefe. Un guardia le indicó la puerta del despacho del señor comisario y Esteban la franqueó.

En el despacho se encontraban el comisario y el capitán Herrero, de la marina mercante, antiguo conocido de Esteban.

—¿Cómo está usted, Montano? —le preguntó Herrero tendiéndole la mano.

—¡Hola, capitán Herrero! —le respondió estrechándosela—. ¿Cómo usted por aquí?

—¿No leyó mi carta?... Uno de mis marineros se la entregó anoche... Me han mandado llamar.

—¿Su carta?... Ni la he podido abrir... Ya le habrán explicado...

—Sí.

El comisario intervino en la conversación:

—Comprenderé usted, capitán, que para poder comprobar debidamente la personalidad del señor oficial era indispensable molestarle a usted.

—Para mí no ha sido molesto y me alegró mucho de encontrar ocasión de hablar con Montano.

—Supongo que el capitán Herrero le habrá dicho quién soy.

—No se preocupe. Todo está aclarado y aquí tiene usted sus papeles que le devuelvo.

—¿Y el herido?... ¿Ha sido cosa grave?

—Por fortuna, no. Parece que se salvará.

—Me quita usted un gran peso de encima. Se trata del hermano de mi esposa.

—El golpe fué terrible, pero afortunadamente se desvió y sólo interesó el cuero cabelludo.

—¿Han detenido a los autores?

—Aún no. Tienen buena coartada, pero ya caerán.

—¿Y mi mujer?

—Salió. Luego volvió y la tomé declaración y creo que ha ido al Hospital a ver a su hermano. Por cierto...

—¿Qué?

—Dijo que no había reconocido a los asesinos...

—¿Cómo?... ¡Eso no es posible!

—Pues así es... Aquí su declaración firmada... Un poco raro, ¿verdad? Bien. Esté usted tranquilo. Lo importante es haber salido sin daño. ¿No le parece? ¡Adiós! Ya le avisaré si vuelvo a necesitarle.

Se estrecharon las manos y Esteban y el capitán Herrero salieron del despacho del señor comisario y después de la comisaria, leyendo Montano mientras lo hacían la carta del capitán que aún llevaba en el bolsillo sin abrir.

Pero, a medio leer la carta, Es-

teban, que casi no se enteraba de su contenido, pensando en otras cosas, se interrumpió diciendo:

—Todavía no comprendo cómo Marta ha podido declarar...

—No piense en eso ahora. Acabe de leer la carta de Alonso y dígame qué contesta. El le tiene verdadero cariño y le quiere a su lado. Creo que la elección no es dudosa. Hable con él en Génova y me dijo cuánto le aprecia a usted.

—Es inútil, capitán. ¿Volverá usted a encontrarse con él?

—Sí. Coincidiremos en Tánger. Quedé en llevarle a usted... Contando con usted, naturalmente.

—Se lo agradezco, capitán, pero... yo no volveré a navegar.

—¿Es posible que por una mujer...?

—No es una mujer: es mi mujer.

—¡Está usted loco!

—No, capitán. Es más de lo que usted se imagina. No es la aventura de unos días. Me quedo y agradezco de veras al capitán Alonso su interés por mí.

—Pero, ¿no le basta lo que acaba de pasar? Lo natural en este ambiente en el que se ha metido.

—No lo entiende usted, capitán.

—¿Usted cree? De todos modos, piénselo, Montano. Yo estaré aquí hasta mañana por la noche. Es us-

ted un buen muchacho y me gustaría verle en mi barco.

—Todo inútil, capitán—terminó Esteban mientras se estrechaban las manos despidiéndose.

* * *

El día siguiente, después de comer, mientras Marta recogía los platos y el mantel de la mesa y Esteban fumaba sentado, hablaron.

—Marta, estás demasiado excitada. Sólo eso puede explicar... En fin, por fortuna, todo saldrá bien.

—No es eso.

—¿Aún temes que yo?... Debe bastarte mi promesa. No iré a buscar a esa gente: créeme.

Y, después de una pausa:

—Dime que estás tranquila... Tampoco debí contarte lo del capitán Alonso, ¿verdad?... ¿Crees tú posible que yo pueda dejarte?

—No lo creo.

—¿Entonces?

—Pero tu oficio es ése. Con ellos en el barco.

—¿Todavía tienes miedo?

—¡Esteban! Aunque te embarcases, yo te esperaría siempre aquí... y cuando volvieras...

—¡Chiquilla! ¡Qué bobadas dices! Nada nos separará. ¿Sabes lo

que vamos a hacer? Saldremos esta noche a dar un paseo y tú estarás arreglada para cuando vuelva. No quiero verte tan triste.

En esto sonó la campanilla, y cuando iba Marta a dejar los manteles para acudir a abrir la puerta, él la detuvo.

—Ya iré yo a abrir.

Abrió la puerta y vió que quien llamaba era el capitán Herrero.

—¿Usted, capitán?

—Yo, en persona — le contestó Herrero estrechándole la mano.

—Pase usted por aquí, Marta. Es el capitán Herrero... Le presento a mi mujer.

—Mucho gusto.

—¿No se sienta usted?

Se sentaron ambos quedando Marta de pie colocada tras de su esposo.

—He venido a decirle adiós. Zarpamos esta noche, como usted sabe.

—Gracias por la visita, capitán.

—Yo venía a hablar con usted.

—Hable.

—Pues... ¿Ha vuelto a pensar en el ofrecimiento del capitán Alonso?

—No necesito pensar en ello. Ya lo sabe. Le hablé con toda sinceridad y creía que lo había comprendido así.

—Usted es quien tiene que com-

prender. Es un poco violento para mí... pero prometí a Alonso hacer cuanto estuviera de mi parte. Y, después de lo ocurrido, yo mismo tengo vivo interés... Créame usted; no puede quedarse aquí, Montano.

Esteban sonrió poniendo su mano sobre la que Marta apoyaba en su hombro y Herrero insistió, argumentando:

—Tengo que decírselo... esto es, tengo que decírselo. Un hombre como usted no puede tirar su vida por la borda así como así. Ya me lo decía Alonso. No podemos consentirlo, aunque una ventolera le haya dominado la imaginación.

Esteban sonreía levemente, seguro de sí mismo, y Marta, muy seria, escuchaba atentamente al capitán, que continuaba hablando:

—Esto de usted ha sido un mal paso, Montano. Una maniobra en falso. Tenemos que ponerle a salvo.

—¿De qué?

—De esto. De usted mismo, ahora, Montano, de usted mismo. Está obcecado. Por eso Alonso lo arregló todo para ocultar su falta, su desertión, y le espera... ¿Va usted a hundirse aquí?... ¿Y por qué?... Usted es un hombre de mar aunque no quiera. Y todavía está a tiempo... Por eso he venido.

Levantándose, Herrero se disculpó:

—Tal vez le haya ofendido.

—Nada de eso, capitán. Le agradezco su interés; pero ya he tomado mi decisión y no la cambiaré por nada... No haga caso, Marta.

—Discúlpeme... Le deseo buena suerte, Montano.

Y, dirigiéndose a la puerta, ya para marcharse, aún insistió:

—A pesar de todo... hasta las diez no saldrá el barco.

Acompañó Esteban al capitán hasta la puerta y luego volvió junto a Marta, preguntándole:

—¿Te molestó lo que me dijo?

La acercó a sí mientras ella cerraba los ojos.

—¿Lo has tomado en serio?

—¿Pero acaso no tiene razón?

—le replicó ella muy seria—. Es tu vida, Esteban. Debes marcharte con él.

—¡Marta!

Ella quiso hablar, pero él se lo impidió, tapándole la boca con la mano.

—No vuelvas a decir eso. Ahora estamos más unidos que nunca... ¿Qué pueden importarnos los demás? Y quiero verte sin ese aire de pena... tengo que irme a mi trabajo y no puedo dejarte tan triste. ¿Van a impresionarte unas bobadas de viejos? ¿Qué saben ellos de lo que es un querer como el que nos tenemos tú y yo?

—¡Esteban, vámonos de aquí!

—¿Irnos? ¿A dónde?

—A otro sitio... a cualquier parte, fuera de aquí. Tengo miedo, Esteban.

—¡Chiquilla!... No podemos dejar solo a tu hermano. Tampoco puedo abandonar mi colocación. Me he comprometido ya y, además, sabes que no soy rico... Ea, no olvides que hemos de salir. Un paseo nos sentará bien. Hasta luego. Es preciso que cenemos pronto. Bueno. ¡Adiós!

Se marchó Esteban y Marta se quedó muy triste y pensativa. Soñando despierta vió desfilar ante ella a los matones de Mariano con su horrible y amenazadora catadura, los que estaban conjurados contra su Esteban y acabarían con él si no se ausentaba del pueblo. También se le apareció la figura del capitán Herrero, tan sugestivo y tan lleno de razón en sus argumentos. Indudablemente, Esteban debía marcharse, pero era imposible vencerlo. ¿Qué podría hacer ella?

Su vida era lo primero, aunque tuviera que separarse de él...

Enloquecida por el miedo y decidida a todos los sacrificios, a todas las renunciaciones, con tal de salvar la vida de Esteban, salió a la calle reflejándose en su cara y actitud una excitación cada vez más extremada que le hacía ver enemigos por todas partes, volviendo la cabeza hacia atrás varias veces sin cesar de andar. Ya comenzaba a anochecer cuando tropezó con un hombre que caminaba en sentido contrario y se detuvo asustada, mirando alrededor. Su aspecto provocaba algunas miradas de extrañeza de los pocos transeúntes que encontraba en su camino. Y se detuvo, por fin, mirando a uno y otro lado y fijando la vista en un punto próximo: en la popa del "Fortuna", que era el barco que mandaba el capitán Herrero.

Marta entró en el barco por la pasarela que lo unía con el muelle y preguntó:

—¿El capitán Herrero?... ¿Podría hablar con él?

SACRIFICIO Y DESENGAÑO

Marta había decidido realizar el más sublime sacrificio. Convencida de la maldad de Mariano y de sus recursos canallescos, había decidido renunciar a Esteban para salvar su vida. Abnegación que solamente podía encontrar cobijo en un pecho tan generoso como el suyo.

Esteban, entretanto, sin acabar de darse cuenta de la situación, trabajaba en su nueva colocación pensando en su mujercita, sin sospechar la terrible desilusión que pronto le fulminaría como el rayo.

Pensaba que, en adelante, Mariano, amedrentado, no se atrevería a volver a atentar contra él. Y proyectaba mil pequeños detalles de la plácida vida que pensaba llevar de allí en adelante al lado de su adorada Marta. Todo el porvenir desfilaba ante sus ojos soñadores teñido de color de rosa. Trabajaría él con entusiasmo y sus jefes se encontrarían satisfechos. Así tendría asegurada la vida de su modesto hogar en el que se desgranarían uno tras otros, todos serenos, los días de un

porvenir de amor fecundo. Y más adelante, tal vez vendrían los hijos a alegrar aquel nido feliz. Su Marta sería la madre de los tiernos retoños. Y llegaría la vejez y sus hijos trabajarían para sus ancianos padres y él se consagraría a adorarlos con Marta, a tomar el sol y a mirar el mar...

Así soñaba mientras trabajaba, poniendo todo el esmero de que era capaz en su faena.

Terminado su trabajo, se encaminó Esteban a su casa, deteniéndose antes en un puesto para comprar unas flores en obsequio de su esposa. Cuando llegó a su casa, abrió la puerta y se dirigió a la habitación de estar, donde esperaba encontrar a su mujercita. Pero allí no estaba Marta. Entró en la alcoba y tampoco la encontró. En la cocina tampoco estaba Marta y el grifo goteaba como el tic-tac de un reloj. Se acercó al fogón tocándolo y notando que estaba apagado. Cerró el grifo goteante con ademán enérgico, manifestándose en su firi-

nomía viva inquietud. No estaba Marta, a pesar de que él le había encargado que tuviese pronto preparada la cena para salir luego a dar un paseo.

No estaba Marta. ¿Qué podía haber ocurrido? Esteban pensó inmediatamente en el café y salió de casa encaminando a él sus pasos con premura.

Ya en el café encontró Esteban a Mariano de frente y le cogió por las solapas.

—¿Y Marta?—le preguntó con voz ronca y descompuesta.

Mariano, después de mirarle un momento, alzó lentamente su mano derecha y señaló con el pulgar hacia un lado.

Allí estaba Marta sentada junto a una mesa con Rosita y dos hombres. Esteban corrió junto a ella y la increpó:

—¿Qué haces aquí?

Marta le miró con los ojos muy abiertos, intentó sonreír y contestó:

—Yo... He venido...

Y uno de los matones de Mariano terció en la conversación exclamando:

—¡Pero, bueno!...

—Ven aquí—conminó Esteban.

Y el valiente insistió:

—Pero, bueno, ¿esto qué es?

—¡Usted se calla!

Marta inició un movimiento pa-

ra levantarse, pero se sentó de nuevo, cambió una mirada con Rosita y después bajó los ojos para volver a levantarlos mirando a su esposo y diciéndole:

—¿Qué te pasa, Esteban?

Y cogió el vaso que tenía sobre la mesa para beber, lo que le impidió Esteban.

—Tú has venido aquí por miedo.

—No, Esteban. He hablado con Mariano. Y no me hará nada.

—¿Has hablado con Mariano? ¿Entonces, tú...?

—No comprendes... Me cansaba estar siempre en casa... no podía seguir así... Además, mi vida es esto, el café... Cantar y... Me aburría mucho, ¿sabes?

—¿Te aburrías? ¡Ja, ja, ja!

Esteban reía homéricamente entre la expectación general. De repente se dió cuenta de que tenía en la mano el vaso de Marta y lo estrelló contra el suelo. Dió media vuelta, se dirigió a la puerta, y, como si alguien guiara sus pasos se dirigió hacia el puerto donde estaba el "Fortuna" quitando ya la pasarela y soltando las amarrias para zarpar.

—¡Eeeh!—gritó Esteban.

—¿Qué ocurre?—repuso un marinero.

—Espera.

Sonaba la sirena. Funcionaba la maquinilla moviendo el cabrestante que arrollaba la cadena del ancla. La hélices comenzaron a girar y el "Fortuna" se fué separando del muelle.

En él se marchaba Esteban Montano, destrozado el corazón, para reunirse en Tánger con el capitán Alonso y volver a formar parte de la tripulación del "Levante".

Marta, entretanto, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Su sacrificio había sido enorme. Su renunciación, sublime. Todo por salvar la vida del hombre que amaba, amenazada por el implacable Mariano, dueño del "Café del Puerto".

Y Esteban sentía su pecho lleno de ira. Todas sus ilusiones se habían desvanecido al impulso, según él creía, de la veleidad de una mujer.

BASTANTE TIEMPO DESPUES

Ha pasado un lapso bastante largo de tiempo. De ese tiempo que barre despiadadamente los recuerdos en los caracteres endeble y los acentúa en la memoria de quienes aman de veras. Ha pasado bastante tiempo y Esteban Montano, entregado a su oficio de navegante, recorriendo todos los mares, soportando calmas y tempestades, cargando y descargando en los puertos su barco, haciendo sus cuartos de marcar, tropezándose con gentes tan diferentes como las latitudes que recorre, en medio de una vida pletórica de actividad variadísima, no puede olvidar a su Marta. A aquella mujer que cautivó su corazón con su fingida ingenuidad — así lo pensaba él — y luego no supo resistir los atractivos del ambiente en que se había criado y lo abandonó para volver a cantar en el café canalla del puerto de aquel pueblecillo marino al que en mala hora le condujo una tempestad del mar para desencadenar poco después otra tempestad en su espíritu.

No podía olvidarla, porque alrededor de su bella figura de mujer y de la bondad de alma que él imaginara en ella, había levantado Montano un palacio de ilusiones, un alcázar de ensueños, tan gigantesco y sólido que le costaba inmenso trabajo derrumbarlo con dolor indescriptible de su corazón.

Y, como tantos otros, buscando un lenitivo a sus penas y tratando de olvidar, recurría a la engañosa panacea de la bebida, abdicando de la dignidad de su propia persona, con sed inagotable que no nacía en la garganta, sino en el atormentado corazón.

El alcohol, esa engañosa sirena que por breves momentos pone un nimbo de color de rosa sobre la frente del bebedor, adormeciendo su sensibilidad y produciéndole una inconsciencia pasajera, para deprimirle más aún cuando pasan sus engañosos efectos.

El alcohol, que solamente permite conservar dicha aureola bebiendo y bebiendo sin interrupción, piden-

do el organismo viciado cada vez más bebida.

Veneno solapado e hipócrita que finge alegrías para acarrear dolores. Asesino de la voluntad que con ella arrebató al dipsómano hasta los más tenues residuos de dignidad humana, transformándolo de hombre en una bestia capaz de las mayores abominaciones.

Triste consuelo de los desesperados que deshace las vidas poco a poco hundiéndolas en abyección y oprobio.

Muy grande era la desesperación de Esteban ante la ingratitud aparente de Marta, pero lo peor de todo era el abismo insondable en que se había hundido el marino entregándose al alcohol.

A pesar de todo, marino de cuerpo entero, sabía cumplir con su deber, que era algo sagrado, porque, cuando estaba de cuarto, del dicho cumplimiento dependían todo el barco y la vida de su tripulación. Por muy borracho que estuviera, en cuanto pisaba el puente de mando, por un esfuerzo sólo comprensible en un marino tan entusiasta como él, se serenaba y recuperaba todas sus facultades. Bien sabía el capitán Alonso que, a pesar de sus excesos alcohólicos, podía confiar en él.

Así se encontraba cierto día en

un bar de remotos países tropicales junto al mostrador servido por un barman chino y rodeado de personas que vestían los trajes claros propios de los países en los que hace mucho calor. A su lado se hallaba una mujer de aspecto exótico, también bastante bebida. Cerca de él hay varios oficiales de marina y también muchas mujeres. Y todos ríen alborotadamente menos Esteban, que bebe sin control, pero permanece serio, sumamente serio, como abismado en torturantes pensamientos, porque la bebida, aunque le aturde, no le permite olvidar, borrar la inmensa angustia de su corazón, trocar en alegría sus penas.

Entre el alboroto general —coro de carcajadas, frases que se cruzan volanderas de punta a punta del mostrador del bar y música típica del clima y del ambiente— un oficial le dió a Montano una palmada en la espalda y le preguntó en tono amistoso:

—¿Pero usted no se ríe nunca, Montano?

Entonces, sin contestarle, Esteban se levantó llevando en una mano una botella ya casi vacía. Con la otra cogió por un brazo a la mujer que estaba a su lado y la condujo hacia una mesa libre. Ella llevaba una copa.

—Bebe — le ordenó él en tono imperativo.

—¡Pero si ya no puedo más!

—¡Ah! ¿No quieres beber? ¡Vete de aquí!

Y, volviéndose hacia el camarero, pidió:

—¡Otra botella!

Luego, con la pesadez característica de los borrachos, insistió:

—¿De modo que no quieres beber?... Pues entonces, ¿qué quieres tú?

Llegó el camarero con otra botella.

—¡Eso es! Muchacho, bébete un vaso... ¡Vamos!

El llenó el suyo y lo apuró de un trago mientras todos lo miraban con expectación.

Tales eran los espectáculos con que Montano se ponía continuamente en ridículo ante sus compañeros en todos los puertos, bajo todos los meridianos, continuamente... Y, a pesar de todo, no conseguía olvidar a Marta.

* * *

Navegaba el "Levante" y Esteban Montano estaba en su camarote, tendido en su litera, durmiendo con dos botellas y un vaso al alcan-

ce de la mano. Ruiz entró a despertarle.

—Es tu turno.

—¡Hola! Perdona, chico: me había olvidado.

Se levantó desperezándose, mientras Ruiz le miraba con amistosa seriedad, y se sirvió y bebió un trago.

—Me molesta verte beber así.

—¿Cómo debo hacerlo entonces?

—Deberías ser un poco razonable.

—¿Razonable? ¡Tiene gracia!... ¡Y que lo digas tú!

—Todo debe tener un límite, Montano. Por fortuna sigues siendo el buen marino de siempre, pero este modo de beber es excesivo y no acabará bien para ti.

—La cosa es buena. Tú, que siempre me has dado lecciones de bebedor en las barras de los bares, me sermoncas ahora porque las aprovecho. Bébete un vaso y calla.

—Allá tú. Pero no creo que yo pueda darte muchas lecciones más. Alguna vez llega la hora de sentar la cabeza. Yo, precisamente, ahora... me caso.

—¿Cómo?

—Que voy a casar-me.

—¡Ja!... Ahora veo que tienes razón. No se debe beber tanto estando a bordo. Has empinado de-

masiado el codo y no sabes lo que te estás diciendo.

—No he bebido un solo vaso. Voy a casarme y espero que tú asistas a mi boda. Cuando toquemos en el puerto próximo, el barco necesitará entrar en el dique y tendremos casi dos semanas libres. Y las aprovecharé.

—Nunca me habías dicho que tenías novia en serio.

—No. Era mi único secreto. Una cosa es divertirse y otra... ya comprendes. Ella es una vecinita mía. Cuando éramos unos críos jugábamos juntos... Ibamos a la escuela... Casi ha vivido siempre en mi casa, allá en el campo... ¿Comprendes? Alguna vez tiene uno que ser un poco serio.

—Sí. Me figuro que todo eso estará muy bien. Y, por eso, creo que debemos beber un trago a la salud de tu matrimonio.

Llenó el vaso y fué a beber, pero Ruiz le sujetó impidiéndoselo. El dejó el vaso y salió a cubierta, acercándose a la borda.

* * *

Los días, cangilones de la noria del tiempo, sacando el agua de la vida del pozo del futuro, habían lle-

vado el barco al puerto donde se encontraba abarloado junto al muelle.

Era de noche y, mientras contemplaba un tarjetón que tenía allí cerca, estaba Montano vistiéndose su uniforme de gala, teniendo a su lado a Ruiz ya listo y peripuesto.

El tarjetón era una invitación protocolaria para un gran festival que iba a celebrarse para festejar el cincuentenario de la fundación de la Compañía Naviera propietaria del "Levante" y de otros muchos barcos más.

Ruiz le conminaba:

—Date prisa, hombre.

—En seguida—le contestó Esteban, apurando un vaso que tenía lleno al alcance de su mano.

—¿Otra vez? Por esta noche yo creo que podías esperar.

—¿Pienzas que se puede ir sereno a esa cachupinada? Me estoy imaginando el absurdo panorama de la selecta concurrencia... ¡Brrr!...

—A mí tampoco me divierte. Preferiría estar solo con Isabel. Pero, en realidad, la fiesta es para nosotros.

—¿Tú crees?... Lo será para las niñas casaderas y alguna mamá.

—Estás imposible.

—¿Cuánto te va a durar esta racha de formalidad que te ha dado de repente? ¿Tú volverás a ser el de

antes! ¡Y que te vengan con fiestas de cincuentenarios!

—No me conoces. Uno no puede dejar de ser como es porque vaya a casarse... Pero... unirse a la mujer que se ha elegido para toda la vida... No sé si me entiendes... ¿Vamos ya?

Acudieron a la fiesta presidida por una maqueta que representaba un barco mercante de fines del siglo pasado rodeado por una corona de laurel y con una fecha en cada lado: 1893... 1943.

Allí se bailaba y había numerosos corrillos de marinos, unos de pie y otros sentados. El capitán Alonso, el capitán Herrero y otro capitán conversan mirando a dos muchachas que pasan junto a ellos. Alonso tiene cara de hombre fastidiado aunque procura disimularlo sonriendo al saludar a otros invitados que pasan cerca de él.

—Está esto verdaderamente animado y me parece que el patrón no podrá tener queja.

Y Alonso responde:

—Sí. Esto no está mal. Y estaría divinamente si no fuera por los malditos zapatos...

—¿Qué zapatos?

—¡Los míos! Le temo a las fiestas por esto. Y lo malo es que dentro de unos días tengo otra.

—¿Otra fiesta?

—Se me casa un oficial.

—¡Hombre! ¿Será tal vez aquel Montano que te llevé en mi barco?

—No, ése no. Un compañero mío.

—¿Y Montano, qué? ¿Se le pasó aquello?

—Supongo que sí. Ha cambiado bastante, él que era algo taciturno... Ahora, en cambio, está algo descuidado y bebe mucho. No es que me falte, pero... Me preocupa bastante ese muchacho.

—Me gustaría verle. ¿Ha venido esta noche aquí?

—Sí. Le vi al principio. De seguro que estará en el bar.

—¿Vamos para allá?

—Yo quisiera sentarme un poco a alojarme estos malditos zapatos... No puedo resistirlos más.

* * *

Montano se encontraba en el bar con un vaso lleno en la mano, mirando al mostrador. De repente dió media vuelta mirando alrededor y, lentamente, se encaminó hacia el jardín sin soltar el vaso. Una vez allí se detuvo, apuró el vaso de un trago y lo arrojó a un macizo. Indudablemente estaba algo bebido y no sabía lo que se hacía. Dió unos pasos y se detuvo al descubrir una

pareja sentada en un banco. La pareja estaba formada por Ruiz y su novia y Montano dió media vuelta para alejarse de ella. Le molestaban los enamorados. Pero Ruiz le llamó:

—Esteban.

—¿Qué quieres?

—Tienes que conocer a mi novia... Este es Montano, mi íntimo amigo y compañero de navegación, Isabel.

—No sospechaba que mi compañero tuviera tanta suerte—dijo, sinceramente, Esteban.

—¿Son siempre tan galantes los marinos?

—Ahora no es galantería. Yo sé muy bien que soy un hombre afortunado. Nos casaremos dentro de unos días... ¿No es esto estupendo?

—Calla, bobo. ¿Qué pensará tu amigo?

—No tenga cuidado. Me parece magnífico, y creo que debemos celebrarlo bebiendo juntos una copa. Me gusta poder brindar por algo.

—Ya sabes que estás invitado a nuestra boda.

—Me gustan las bodas. Me emocionan. No hay cosa más conmovedora que una boda. ¿A usted no le emocionan las bodas?

—Lo más emocionante debe ser cuando es una la que se casa...

Entretanto, mientras sostenían

esta conversación tan desquiciada por parte de Montano, habían pasado desde el jardín al bar.

—¿Y usted no tiene novia?—le preguntó Isabel.

Esteban quedó repentinamente serio y después soltó una carcajada.

—¿Yo?

—El es un poco... bueno... un poco alegre. Pero algún día tendrá que sentar la cabeza — respondió por él su amigo.

Dirigiéndose al barman, Esteban pidió:

—Tres copas de coñac.

Y, luego, comentó:

—Eso. Tengo ganas de que llegue ese día en el que yo siento la cabeza. Será divertidísimo.

—¿Usted no baila?

—Sí... según... Pero como no puedo estar en dos sitios al mismo tiempo, prefiero estar aquí. Apuro esta copa a su felicidad... ¿No van a bailar? ¿No hay que perder el tiempo, vamos!

Y, mientras los dos novios se dirigían a la pista, Esteban se volvió hacia el bar y pidió:

—¡Otro coñac!

Entretanto, se acercaba al bar, dispuesto también a beberse una copa, el capitán Herrero acompañado del otro capitán con quien estaba antes en unión de Alonso. A éste

le había perdido Herrero de vista, por lo que le preguntó a su amigo:

—¿Dónde se metió Alonso?

Y su amigo le llevó ante un ventanal y le mostró una escena tan ridícula como graciosa. El capitán Alonso se había quitado los zapatos que tanto le molestaban y se tocaba los pies con gestos de dolor.

—Y ahora no se los puede poner, Herrero! —exclamó al ver a su amigo.

—¡Qué calamidad! Bueno, vamos a beber una copita. Un día es un día.

Llegando frente al bar vieron a Montano bebiendo.

—¡Caramba!

—¡Montano!

—¿No se acuerda de mí? — le preguntó el capitán Herrero.

—Claro que sí, capitán. Usted me llevó a Tánger para reintegrarme a la tripulación de mi barco.

—¿Cómo está?... ¿Beberá una copa, no?

—Beberemos. ¿Usted también?...

—Con mucho gusto.

—¿Y qué cuenta usted, capitán, sigue en el "Fortuna"?

—Sí... Pocas cosas que contar. Eso ustedes, los jóvenes. Ya he visto a su capitán, a quien le hacen mucho daño los zapatos... Parece que ha cambiado usted mucho. Era usted bastante menos alegre antes, ¿no?

—¡Antes!...

—Sí. A Alonso le resultaba usted demasiado serio... Pero él había sido cocinero antes que fraile y, por eso, me decía: "Cualquiera se fía de los santurrones..."

—Sí: lo mejor es divertirse. Es siempre lo mismo, pero resulta menos aburrido.

—Da gusto oírle hablar así... Me reía porque me estaba acordando de cuando... cuando dejó un barro para quedarse con aquella mujer... ¿su mujer!... en aquel puerto de pesca...

Oyendo estas palabras, Montano se sintió repentinamente serio, recuperada su personalidad y dominado su estado de embriaguez. El recuerdo de Marta era para él, al mismo tiempo que el origen de su dipsomanía, toda la base y fundamento de su vida.

Pero el capitán insistió:

—¡Lo que es la juventud!... ¿De qué modo tan tonto estuvo usted allí a dos pasos de jugarse todo su porvenir! Como si no hubiera de sobra ocasiones para divertirse...

Esteban, oyéndole, bebió y volvió a llenar su copa, mientras Herrero proseguía:

—Mire que si llega usted a quedarse allí... Y qué buen trabajo me costó arrancarle, amigo. Menos mal que aquella muchacha se portó muy bien.

—¿Cómo dice usted?—preguntó Montano, medio disipada su embriaguez.

—Sí. No deja de ser curioso. Seguramente ella se sintió impresionada por todo aquello que yo le dije a usted y que ella oyó. Que era la verdad, ni más ni menos.

—¡Diga, diga!

—Vino a verme al barco para decirme que le esperara, porque ella estaba segura de que usted vendría conmigo. Me aseguró que le convencería de una manera o de otra y que, en último caso, le abandonaría a usted para obligarlo a abandonarla... Era una buena chica... Yo le prometí guardarle el secreto... Bueno. Ya ha pasado bastante tiempo para que yo pueda hablar. Seguramente se había aficionado poco a usted.

Tales palabras producían en Esteban una reacción maravillosa. Su borrachera, pese a las infinitas copas de coñac que había ingerido, se había disipado por completo. Ansiosamente seguía escuchando al capitán Herrero, que continuó:

—¡Estas mujeres de los puertos!

Son verdaderos misterios y en ellas puede encontrarse tanto el vicio redomado y dominante como la abnegación más sublime. Yo también he sido joven y he tenido mis aventuras, pero un marino... debe ser siempre un marino, un esclavo del mar, sin hacer caso de las mujeres de los puertos, de las engañadoras sirenas...

—¿Es verdad eso que acaba usted de decirme?—preguntó Esteban con máxima ansiedad.

—¿No ha de ser verdad? ¿Por qué había yo de mentir inventando cosas raras?... Pero, vamos, ¿qué va usted a pensar ahora? ¿Qué puede importar ya todo eso?

—Diga, capitán, ¿fué ella a verle a usted?

—¡Caramba, Montano! ¿Cómo he de decirselo? Sí; fué al barco a verme... Pero ¿a dónde va usted, hombre?

Porque Esteban Montano se había levantado y, con paso seguro, como si no se hubiese bebido ya muchísimas copas, se separó de ellos sin despedirse y marchó hacia la puerta, marchándose.

EL RETORNO

Era de día y en aquel pueblecillo marinero donde entró una noche de horrible temporal el "Levante", buscando un puerto de refugio de arribada forzosa, lucía un espléndido sol. Aquellas calles, tan tétricas durante la noche, tan escasas de transeúntes y tan propicias a una emboscada de matones a sueldo de cualquier dueño de cualquier cafetín, iluminadas por el sol glorioso de una primavera espléndida, se encontraban impregnadas de seguridad y de optimismo. Los escaparates comerciales atraían las miradas de numerosos viandantes. El mar, dominante, vislumbrado desde todas las calles, gozaba de una calma sedante magnífica. La alegría impregnaba el ambiente.

En aquel ambiente, entre tantos esplendores, achicado y como avergonzado por la luz del día, por la magnificencia de lo natural, tan en contraposición con su artificialidad noctámbula, aparecía la fachada del "Café del Puerto", apagado su letrero luminoso, esperando la noche

embrujada para recuperar su vida canalla.

Y cerca de él estaba la casa de Rosita, donde tanto tiempo vivió Marta antes de tropezarse con Esteban.

Este, tras de enterarse de la realidad de lo sucedido por las confidencias del capitán Herrero, había vuelto a abandonar su barco para acudir allí, y, aquella mañana, se encaminaba hacia la casa de Rosita, parándose ante su puerta, lleno el pecho de profunda emoción.

Llama a la puerta, abre Rosita y su admiración no tiene límites.

—¡Anda!... ¡Pero si es usted!... ¡Caramba qué sorpresa!... ¡Adelante!

Esteban penetra en la habitación. En la cama donde dormía antes Marta hay una mujer acostada. Rosita ve cómo mira hacia ella Esteban y se apresura a ocultarla con un biombo.

—Bueno, bueno... ¡Otra vez por aquí! ¿Y cómo le ha ido en este

tiempo? Pero, usted dispense; esto no está como para recibir visitas.

—¿Qué pasa tan temprano? — interroga la mujer que dormía en aquella cama, bruscamente despertada.

—Tú cállate y sigue durmiendo.

Esteban, mudo hasta entonces, pregunta con ansiedad:

—¿Y Marta?

—¿Marta?... ¡Ya entiendo!... Pues... yo no sé lo que le pasó a esa chica. Ella siempre me pareció un poco rarilla...

—¿No sabe dónde está?

—Sí, hombre... Pero no la he vuelto a ver desde que usted se marchó.

—¿Y usted sigue en el café?

—¡Claro!

Rosita seguía en el café y no había vuelto a ver a Marta desde que él se marchó. Luego ¿Marta no seguía en el café? ¿No era cierto, pues, que le abandonara para volver a su antigua vida? Le había hecho marcharse por miedo, sacrificando su amor a su seguridad, para salvar su vida, aunque lo perdiera. El corazón de Esteban palpitaba alborozado y su emoción era inmensa. Volvía a recuperar su amor, la esencia de su vida, enaltecido por un sublime sacrificio.

Rosita contestó a toda satisfacción sus preguntas ansiosas. Ya sabía dónde encontrar a Marta, que no había vuelto a cantar en el café, que había sabido huir de la codicia de Mariano, que se conservaba pura y fiel a un recuerdo para ella sagrado aunque todo lleno de ilusión y de tristeza.

* * *

Calle llena de sol. Alegría primaveral. Un puesto de flores. Las flores que son lo único puro que en la tierra puede encontrar un hombre de mar... si se exceptúa una Marta enamorada y heroica.

Este puesto de flores es de Marta.

Una señora, que acaba de comprar unas flores, las paga y se aleja. Se acercan al puesto una muchacha y un marinero.

—¡Hola, Marta!

—¡Hola!... ¿Violetas?

—¿Me las compras tú, marinero?

—¿Cuánto valen?

—Dos pesetas.

—¿Cómo sube todo!

—Si no puedes pagarlas ya lo harás otro día.

—¿Fías a los marineros?

—¿Por qué no?

—Toma, cobra... De todos modos no hay que fiarse mucho.

—Yo me fío de todos los hombres de mar. Sé que todos son buenos y que la maldad está en la tierra.

El marinero y su pareja se marchan sonrientes. A un lado del puesto hay un hombre, puestas sus manos en unas flores, como para escoger, mientras escucha la conversación. Marta le pregunta:

—¿Quiere usted flores, señor?

El hombre se vuelve... Es Esteban.

Marta le mira con enorme sorpresa. Lentamente pone Esteban sus manos en los brazos de su esposa y, tras de un momento de silencio, le pregunta:

—¿Por qué me engañaste?

Ella, sin dejar de mirarlo, apenas puede hablar, y balbucea:

—Yo...

Llega una señora que pregunta en tono autoritario:

—¿Quién despacha aquí?

Vuelven los dos la cabeza. Se trata de una señora, algo fondona, de la clase media, que les mira entre indignada y comprensiva.

Esteban se separa de Marta y, rápidamente, empieza a coger brazadas de flores y se las entrega sonriente a aquella señora, mientras Marta le contempla, con leve sonrisa.

Esteban se acerca luego a su esposa y la besa ansiosamente, con todo el cariño acumulado durante tanto tiempo, mientras algunos espectadores que presencian la escena sonríen comprensivos...

¿Qué le importa ya todo si ha recuperado a su Marta, a su heroica mujercita que, por creer que así salvaba su vida, había sido capaz del sacrificio máximo, de la renunciación más dolorosa?

Y el corazón de Marta experimentaba las sublimes emociones de la recuperación de lo que era para ella todo el objetivo de su vida.

¿Mariano?... ¿Sus valientes?... No hay en el mundo valor más grande que aquel que tiene por base un amor puro y como escudo la honradez, y como armas la energía de un hombre acostumbrado a luchar contra los elementos, contra las olas del mar, contra las tempestades y los ciclones que, a veces, le llevan a uno a un puerto de refugio, de arribada forzosa, para obsequiarle allí con la felicidad de una vida serena al lado de la mujer idolatrada.

Esteban y Marta fueron felices,

A R R I B A D A F O R Z O S A

pese a las asechanzas del destino, tal vez más que Ruiz con su esposa, a cuya boda no pudo asistir Montano. Seguramente más que el capitán Alonso, porque no les hacían daño los zapatos... Y mucho más que el infame Mariano, porque gozaron de una conciencia recta, al margen del ambiente canalla de aquel café maldito...

FIN

UN ÉXITO DE VERDAD

Cancionero
GONZÁLEZ MARÍN

Selección de sus creaciones

Los mejores poetas

250 ptas.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE



